

I PREMIO NACIONAL DE NARRATIVA BREVE VILLA DE MADRID 2015

Promueve:



Colabora:



Asociación Española de Pintores y Escultores

AEPE

I PREMIO NACIONAL DE NARRATIVA BREVE VILLA DE MADRID 2015

Promueve:



Colabora:



Asociación Española de Pintores y Escultores

AEPE

● Didot

I Premio Nacional de Narrativa Breve Villa de Madrid 2015

Primera edición: julio de 2015

© De la obra: Asociación Cultural de Estudios Universitarios

© Edición Punto Didot.
www.puntodidot.com
Sector Oficinas Nº 7
28760, Tres Cantos (Madrid)
e-mail: info@puntodidot.com

ISBN-13: 978-84-16437-21-4
Depósito legal: M-24041-2015

Printed in Spain by Ulzama

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

PRÓLOGO

No resulta nuevo para la Asociación Española de Pintores y Escultores implicarse en un proyecto literario como forma de enriquecer la aportación que al mundo de la creación, viene realizando desde hace ya 105 años.

Es un placer formar parte de la primera edición de este premio y contribuir de esta manera a enriquecer y trascender la esfera individual en favor de la colectiva y sobre todo, y en nuestro caso, en el ámbito artístico.

Uno de nuestros socios ha resultado ganador del concurso que convocamos para ilustrar el I Premio Nacional de Narrativa Breve Villa de Madrid. Albano es un artista joven, con un futuro prometededor y un estilo inconfundible, que vive dedicado a pintar recuerdos, igual que los relatos que en este libro se acumulan, cuyo ejercicio de introspección son una prueba de que una página en blanco y un lienzo en blanco, son mucho más que amigos; son soportes de historias inacabadas cuya interpretación varía según el lector o el espectador que se asome a las puertas de la creación.

También nuestra Secretaria General, M^a Dolores Barreda Pérez, en representación de la AEPE, ha formado parte de un prestigioso Jurado que ha analizado obras llegadas de toda España y de distintos continentes, augurando un gran futuro a las nuevas ediciones de este certamen.

Queremos agradecer a ACEUGA, la entidad promotora del Premio, su sensibilidad por contar con nuestra Asociación Española de Pintores y Escultores, trascendiendo lo puramente literario para aglutinar además la creación artística, y su iniciativa con esta acertada convocatoria que espero, y deseo sinceramente, tenga una asegurada continuidad en el tiempo y se consolide como una oferta artística de primer orden.

José Gabriel Astudillo López
Presidente de la Asociación Española de Pintores y Escultores

CONDENADO

Suave y ligero, juguetón y alocado, blanco y ágil, así era yo. Durante muchos años dediqué mi vida a viajar. Recorrí lugares reales y también territorios ficticios. Visité paisajes donde los rayos dorados se mezclaban armoniosos con el verde de una inmensa pradera. Capturé las visiones de los cipreses de Provenza más apasionadas y emocionantes que jamás se hayan hecho. He acariciado rostros desconocidos. He sido amor, angustia, embriaguez, dolor, impotencia, sueños. He sentido el ocre, transformándome en un trigal. He sido un cielo atormentado y hasta un cuervo de mal presagio. He pasado los mejores días de mi vida sumergido en las ambarinas pinceladas de un campo de girasoles. Deslumbrantes en su amarillo, como síntesis de una nueva luz. He pasado intensas noches provenzales, maravillado ante sus estrellas. He sido una humilde habitación, iluminada por la luz de una exigua lámpara. A veces pasaba largas horas deslizándome de un lado a otro, danzando, meciéndome al compás de cada movimiento. Aquella mano, recia y decidida, dirigía mis pasos. Me dejaba llevar y disfrutaba del camino hacia ningún lugar.

He tenido una vida especial y divertida, hasta que mi dueño falleció. No volveré a viajar. Por paradójico que resulte, mi libertad se acabó el día que él falleció. Es ahora cuando vivo condenado. Aquí estoy, desconsolado, en este viejo desván, alejándome sin ningún adiós pronunciado. Junto a la gelidez del cristal, sobre una antigua mesa de madera, van pasando amargamente mis días. Observo el lienzo blanco, apoyado en la pared, junto a aquel caballete triste que ya alberga alguna que otra telaraña. Dolorido y recubierto de polvo, añoraré aquellos días felices. Seré, para siempre jamás, el pincel olvidado de un viejo pintor.

EL SONIDO DEL AGUA

Contenían la respiración con ojos húmedos, y quien hubiera tocado sus pechos habría sentido los golpes de vida que llenaban el espacio. Supe que estaban hermanados con aquellas almas expectantes, en su rutina de trabajo y sudor, al ver el empeño de estos jóvenes en realizar el proyecto pactado. El instituto se había convertido en un punto luminoso que irradiaba energía de cooperación. Tuvieron que jugar y reír buscando colaboradores para cada pista de la cadena diseñada por su imaginación. Toda la comunidad estaba implicada en los que vinieron a llamar “juegos del agua”. Y, de pronto, el estallido de aplausos confortó a los presentes, el reto se había logrado.

A muchos kilómetros de allí, sobre un suelo polvoriento, las sombras de otros niños dibujaban una hilera de entusiasmos. Durante meses habían ayudado a sus familias a preparar el drenaje que les acercaría el agua salvadora, para irrigar sus vidas y sus sueños. ¿Cómo sonaría este agua contenida en la prolongada serpiente de plástico? ¿Traería el sonido del hálito que viene de la montaña? ¿Contendría el ritmo de la tradición para frenar la inquietud de los bombardeos? En poco tiempo iban a descubrirlo.

Durante largas jornadas, los oídos infantiles compartieron el espacio en el que las personas adultas argumentaban sobre la conveniencia y la estructura de la nueva construcción. Agazapados, a veces en el sueño, escuchaban lo bueno que sería el acceso al pozo, el alcance del fluido, los usos que tendría... Aún sin entender del todo las largas conversaciones, sus corazones compartían la ilusión depositada en la sonrisa de las madres y sus ojos captaban el gesto satisfecho en los rostros de sus padres. Un día cualquiera, la noticia llegó y el bucle de esperanza se disparó. Tendrían agua porque había llovido justicia y ternura.

LA NOVIA

La contemplaba embelesado sentado junto a ella. Tomó una de sus manos y la acarició suavemente, como queriendo infiltrarle las agitadas palpitations de su amor. Era su novia; esta vez sí. Había sentido un *clic* especial que le anunciaba que se había enamorado. Aquella noche iba a ser maravillosa; harían el amor, la sentiría entre sus brazos pegada a su piel. La vida, su vida, tenía, al fin, sentido. Ella le sería siempre fiel, jamás le traicionaría. Estaba seguro.

A sus treinta y nueve años su relación con las mujeres había sido tibia, casi inexistente. No tenía ninguna duda de su orientación sexual, le gustaban las mujeres. Y mucho. Pero no entendía por qué nunca tuvo novia a pesar de desearlo fervientemente. Con algunas chicas intuyó que lo iba a conseguir, pero no manejaba bien los tiempos, demoraba demasiado el momento, era el amigo durante largos lapsos, la amistad perduraba pero no se tornaba en amor. Todas se cansaban de esperar y acababan siendo las novias de otros.

Aquello era el pasado y su presente era fascinante; ahora estaba enamorado, plenamente enamorado. Contempló de nuevo a su novia. Tenía unos hermosos ojos color de mar, su piel tenía la tersura de una manzana bruñida. Estaba preciosa con aquel suéter ajustado. Se lo había regalado aquella misma mañana y se lo había puesto amoldándolo para realzar sus hermosos pechos. Encendió dos velitas de olor, conectó el compacto y mientras Jane Birkin susurraba "*Je t'aime moi non plus*", la acostó con mimo, procurando no causarle ningún daño. El vendedor le había dicho que la silicona era de la mejor calidad y que aguantaba hasta ciento treinta y seis kilos de peso.

Y tenía dos años de garantía.

CRONOS

Pascual Lavajos estaba loco, así que nadie en el pueblo se preocupaba ni mucho ni poco por lo que decía, que siempre era lo mismo, con alguna que otra mínima variante desquiciada o apropiada según el interlocutor de turno.

— El Tiempo no existe; sólo existen los relojes, y vuestro miedo a perder esa ilusión tramposa.

Y a pesar de la locura comúnmente aceptada, su razonamiento seguía un curso sólido, férreo, sin fisuras ni grietas, que nadie osaba contradecir: la erosión de una incongruencia nunca podría hacer mella. Porque Pascual Lavajos estaba loco, pero razonaba bien.

— Hacedme caso, no perdáis más ese tiempo que tanto os preocupa: romped vuestros relojes y estaréis libres de la atadura del Tiempo.

Tentado por la fuerza del argumento del loco, cuando llegué a mi casa después del aperitivo con los parroquianos habituales de la taberna, me quité el reloj de pulsera, regalo de novios de mi difunta esposa, que en paz siga descansando, y a solas, sin testigos ni espectadores, le di un martillazo tan atroz que las tripas de metal del cachivache volaron por los aires, junto con algún que otro recuerdo íntimo, profundamente doloroso.

El tiempo se detuvo. Mi tiempo se detuvo.

De repente, para mí incluso inesperadamente, la campana de la iglesia dio la una, con un único golpe seco. No sé cómo pude haber esperado otra cosa: la maldita campana de la iglesia marcó la una. Entonces tomé partido silencioso e incondicional por el loco de Pascual Lavajos.

Dios, si existe, es un aguafiestas.

*EL PASTOR DE VIENTOS**(Basado en una ventolera verídica)*

Viejo, callado y solitario, escucha acostado desde las ventanas abiertas de últimos de verano los cencerros del rebaño, puestos en marcha a golpes de viento que, cuando arrecian, se echan a dormir bajo los robles de ojos verdes. No quiso, por mor de las ovejas, perder los brotes nuevos; tampoco se atrevió a dejar de oírlas cerca de su caserón de piedra. En ramas de árboles colgó cencerros; rebaño pastoreado por vientos.

Vuelven sin avisar los vendavales que asustan al ganado, agitando los metales. Nunca escapan de los robles. Tintineo de vientos despiertos. Cencerros sentidos por cien cerros.

Repasa epopeyas de marinos y ballenas blancas. Entre broza literaria encuentra lo que su monte no da: un trozo de mar. Manos de campo salpicadas de sal y yodo.

Otoño por llegar: murmullo intenso del rebaño desbocado, rumor incesante de campanillas. Temporal de mar: carrillón de olas repicando, badajos de espuma, tañidos marinos; furia azul de Neptuno.

Marchó este viejo pastor de vientos, acostado mientras oía su jauría de cencerros, soñando la mar con árboles.

Nadie sube a cuidar su rebaño, a la deriva entre pastos y rachas de viento.

CRIATURAS

¿Acaso no vivís bien? ¿No sois felices? Vosotros, ejemplo para hermanos, envidia de amigos y vecinos, libres de cualquier preocupación como ellos dicen, siempre de buen humor, siempre tranquilos... infinitamente tranquilos. Que apetece tomar una copa, os tomáis dos; que estrenan hoy una película en el cine donde ya estuvisteis ayer, repetís visita; una cena ligera después y a rematar la noche a algún pub o discoteca con ambientillo; y a eso de las tres o las cuatro de la madrugada a dormir, que mañana será otro día. Otro día feliz, despreocupado... infinitamente despreocupado.

¿Acaso estáis cansados de las apacibles sobremesas, del café calentito en el impoluto sofá, mientras os va asaltando esa dulzona modorra que precede a una buena siesta? Tal vez tampoco os atraen ya las gratificantes noches de lectura, toda la casa en silencio, los pies encima de la mesita, el último libro sacado de la biblioteca, los ojos que recorren sin prisa los renglones, esa paz absoluta...

Quizá no disfrutáis con las comilonas y salidas que tanto acostumbráis. Ayer, con los amigotes del fútbol; mañana, con los compañeros de oficina. Cervecitas, vinitos, locales marchosos y bailoteo. Ya amanecerá mañana, a las doce o la una del mediodía... como pronto. Y el mes que viene, vacaciones. ¿Qué hotel os dará cobijo y sustento este verano? Otra semanita vagueando cual zánganos, la piscina bien surtida de tumbonas, un refrescante chapuzón, el variado "buffet" de la comida, la siesta -por supuesto-, un paseo por la playa, quizá un partidito de tenis, y a exprimir la noche de nuevo.

Entonces, ¿por qué puñetas decidisteis -rectifico, decidimos... mi pareja y yo- dejar de usar preservativos cuando hagamos el amor?

EL RITUAL

La ciudad despertó, lentamente, con legañas en las ventanas. Sus habitantes tardaron un poco más en bajar de la cama. Todo parecía correctamente cotidiano y habría sido un día más, sin pena ni gloria, de no ser por las campanas que se escucharon en todos los rincones de la ciudad. Roberto corrió al baño a mojarse la cara. Alguien, ¿quién o qué cosa hacía replicar las campanas de la iglesia abandonada? Se miró al espejo, no estaba soñando. Las campanadas repicaban con más fuerza. Vio en el espejo la cara asustada de Jacinta y preguntó dónde estaban sus hijos. Corrió al dormitorio de los niños. Esteban no estaba en su cama, Perla aún dormía; oyó ruidos en el jardín, ramas que se rompían ante las pisadas de seres desconocidos. Bajó por las escaleras y, tirando abajo el florero de una abuela desconocida, abrió la puerta. El suelo bailaba al son de las campanadas, Roberto rezó mirando el cielo, las campanadas iban disminuyendo. Escuchó voces a la derecha, a la izquierda, todas las personas salían de sus casas a las calles preguntándose si la leyenda era cierta, si las campanadas significaban el comienzo de un ritual que costaría la vida de un niño. Roberto intentó correr hacia la iglesia abandonada pero se chocó en una pared humana, gritó, pataleó y por último gritó su impotencia. Los rostros contritos de los habitantes no dejaban duda alguna. El ritual había comenzado, pero ¿por qué hoy en día? ¿Por qué un ritual medieval sobrevivía en los siglos modernos? Todos se miraban sin encontrar una respuesta. A lo lejos el rumor del mar se iba confundiendo con las campanadas cada vez más débiles. Sí, hubiera sido un día normal sin pena ni gloria si las campanas no hubieran lanzado su rugido de terror.

ZAPATOS

Tomás siempre nos ganaba a todos. Era el que más zapatos conseguía traer. Tres, dos uno ¡Ya! Y los cinco salíamos disparados por las calles, a rebuscar entre las basuras, los contenedores y vertederos. Teníamos una hora para volver al punto de encuentro con todos los zapatos que hubiésemos encontrado.

– ¿Como consigues tantos, Tomás? – le preguntábamos intrigados. Pero sólo nos decía que era un secreto.

Una tarde, estábamos los dos solos en el descampado. Jugábamos a lanzar piedras contra unas botellas vacías que habíamos colocado sobre un montón de escombros. Le insistí en conocer su secreto. Entonces dijo “vamos”. Bajamos la calle hasta llegar a la salida del pueblo. Tras andar unos metros, subimos un pequeño montículo y, desde allí, Tomás señaló una zona en la que la tierra cobriza parecía estar removida.

– Es ahí – dijo.

Bajamos corriendo hasta que nuestros pies se pararon en lo que parecía la entrada de una enorme madriguera excavada en el suelo.

– Hay muchos – dijo. – Solo tienes que remover un poco la tierra.

Se tumbó y comenzó a escarbar con sus pequeñas manitas de topo.

– ¿Lo ves? Están vestidos. Tienen zapatos, camisas, pantalones... ¡Hay muchos! Prométeme que no dirás a nadie mi secreto. ¡Hagamos el juramento!

Nunca desvelé el secreto de Tomás que, por supuesto, continuó siendo durante tiempo el ganador en nuestro juego de los zapatos.

MÁTALO

Sé que puedes hacerlo. Mátalo. No lo dudes ni por un momento. Estrangúlalo con tus manos desnudas, empújalo al vacío, acaba con él. No me importa la edad que tengas, dónde vivas. Hazlo ahora. Enséñame la rabia que llevas dentro, quiero ver la asesina que hay en ti. Mátalo si te mira fijamente mientras te pones guapa para una cita. Mátalo si coge tu mismo ascensor cuando te presentas a una entrevista de trabajo. Mátalo siempre que dudes, cada vez que salgas a la calle... Mata al miedo o será él quien, día tras día, te irá quitando la vida.

LOS AMANTES DE LA MEDIANOCHE

En los jardines de piedra el horizonte brilla como polvo de alas de mariposa abriéndose paso en la noche. Dulces doncellas de larga cabellera encerradas en las torres más altas de la ciudad escapan de sus aposentos para no faltar a sus nocturnas citas clandestinas.

En cada recodo de las estrechas y tortuosas callejuelas, adustos caballeros con sombrero y capa de seda esperan a sus amantes fumando en silencio largos cigarros mientras la ceniza cae lentamente sobre el terreno pedregoso. Aquí y allá el deseo asciende en humeantes bocanadas cuando las damas llegan en coches tirados por veloces caballos negros.

Todas las noches, nubes afiladas como colmillos de vampiro se deshilachan a lo largo y ancho del cielo rojo y flotan en la brisa dispersando melodías embriagadoras. Los enamorados cruzan el canal en barcazas escoltadas por cuervos.

Ojos de gárgola vigilan desde las alturas mientras las estatuas de mármol que flanquean las orillas del canal susurran sus nombres a media voz.

Por todas partes se respira el fresco aroma de las flores de río y los viandantes esperan que del centro de la oscuridad surja el bello rostro del placer, antes de que suenen las campanadas de medianoche y los hijos de la luna hagan su aparición.

Es entonces cuando los amantes buscan refugio bajo la luz amarillenta de las farolas de gas, y envueltos en una sábana de niebla se abrazan para darse el más dulce de los besos.

SINFOROSA

Me gusta Sinforosa. Siempre que se acerca, con su sonrisa de vieja resabiada, mi pequeño se alborozaba al instante y tengo que contenerlo para que no salte de su coraza de madera policromada y se pose como una hoja en los brazos de la anciana. Todos los años se desvive por componerme un trono de flores con amoroso deleite, que luego envuelve para protegerlo de la intemperie. Sobre ese lecho de primavera, los mozos me aúpan a la de tres y me pasean por las calles empedradas.

Una vez le regalamos unas botas nuevas, mullidas por dentro con lana de oveja, para aliviar sus pies agotados por la edad. Las colocamos a los pies del altar, sobre la media luna, como una ofrenda. Acostumbrada a lo sobrenatural, ni se inmutó. Simplemente se las puso, besó la talla con la punta de los dedos y siguió como si nada, canturreando.

A veces Sinforosa se deja caer sobre una silla y entona una oración entre dientes, repasando las cuentas del rosario o enrollando y desenrollando el dobladillo de la bata. Si está sola, nos enumera sus penurias, con mucha congoja al principio, pero pronto se enerva y con el dedo índice señala al cielo, clamando justicia. Sinforosa, si yo te contara. Pero no puedo, mi corazón es de madera y la cáscara de porcelana de mis ojos, es un escudo que han creado los hombres, un paraguas para guarecerse de la lluvia. No soy más que eso, un parapeto, no ataco, no envío plagas, ni levanto tempestades, no intervengo ni corrijo las desigualdades del mundo.

El día de la procesión, Sinforosa sale en último lugar, cuando el paso rebasa el umbral de la capilla, se santigua y regresa a su casa, porque dice que me tiene más que vista.

RELATOS FINALISTAS

Yunuen Andrea Alejandri Ramírez

TE SOÑÉ

Primero surgiste en un sueño. Eras tangible, orgullosa y sobresaliente de entre las demás. No puedo explicar, la emoción que sentí al despertar y haber tenido la oportunidad de conocerte antes, antes de que mis manos pudieran siquiera hacer un bosquejo tuyo. Cuán lento me parecía el tiempo, manos me faltaban, tenía prisa de verte fraguada, mientras mi corazón latiendo a mil revoluciones alimentaba mi obsesión. Sólo hasta tenerte completa ante mi presencia, tal como te había soñado, calmaría mi sed. La sed del que crea, la sed del artista. La sed del que se apasiona como un enamorado. Te soñé sólo una vez, y eso bastó para quitarme el sueño de las noches siguientes.

Alberto Alonso Poncela

DESIGNIOS DEL ALMA

Todo ocurrió una noche de otoño. La intensa niebla empañaba el cristal del automóvil, resbalando la lluvia, constante, sobre su superficie. La soledad del paraje exterior invitaba al bucolismo; quizá por ello me abstraje dejándome llevar por mi alma de artista.

De súbito, dos esferas luminosas surgen en el camino, con la velocidad del rayo. Luego... el vacío, la oscuridad absoluta. Ya nunca vuelvo a despertar del todo.

Voces exteriores pretenden rescatarme del ostracismo. Las ignoro.

Mas, a pesar de mi completa ceguera, mis recuerdos no se diluyen, más bien se entremezclan, negándose a morir, deseando permanecer imborrables integrados en el tejido de mi vida.

Con el devenir del tiempo, olvido la tristeza firmando la paz con el ansia de vivir, la sonrisa y el sosiego y, en ese momento crucial, me reencuentro con un yo interno al que hasta entonces mi ser no había permitido manifestarse más que en tímidas ocasiones. Me sorprende a mí mismo aferrándome a las pequeñas cosas que nos ofrece la existencia, como si quisiera atraparlas para siempre, utilizando todos mis sentidos para ello; las sensaciones que emanan de ellas van quedando inmersas en mi interior luchando obsesivamente por exteriorizarse, por recuperar la vida propia que habían tenido hasta ese mismo instante.

En ese momento decido reflejar mis inquietas percepciones en el lienzo, dándoles la forma sutil que adquieren en mi ánimo artista, y lo práctico, materializando de este modo la realización íntegra de mi mundo de abstracción, consiguiendo el equilibrio absoluto de mi ser.

Colores, sombras, aromas, texturas, gustos, sonidos, sensaciones, escapan como un torrente de la prisión de mi alma y, en el momento de plasmarlas, los presentes únicamente reparan en mis lágrimas. Sólo yo soy plenamente consciente de la absoluta consecución de mi nirvana interior. He adquirido otra vida.

ÉXODO

El suplicio de los trámites durante el largo encierro ha terminado y los pasajeros van saliendo hacia la nave que espera desde el romper del alba. Toman asiento en silencio. Después de unas breves instrucciones, se escucha el rugir de los motores y segundos después los pasajeros se sienten suspendidos en el espacio. El ascenso ha sido súbito. La nave no demora en girar rumbo Norte. Aumenta la intensidad de los sollozos. Este éxodo no tiene nada de bíblico; ni sale de Egipto ni los dirige un Moisés. El grupo no puede ser más heterogéneo. Hay menores que viajan sin sus padres y desconocen que ahora les llamarán Pedro Pan, no importa el género. Abundan las arrugas sufridas, los rostros que reflejan el dolor de la ruptura, sonrisas de esperanza que se tornan en mueca grotesca apenas iniciada. Un joven cierra los ojos; quiere continuar soñando con lo que pudo haber sido y no fue. Las azafatas les ofrecen Coca-Cola. Con el avance comienza a desaparecer el miedo, aunque algunos vivirán aterrados durante muchos años. Quienes miran hacia abajo, piensan en los que tienen que escapar por el inmenso desierto azul que devora balseiros diariamente porque no es el Mar Rojo que cruzaron los israelitas. Minutos después se escucha por los altoparlantes el esperado anuncio del pronto descenso al aeropuerto internacional de la ciudad de Miami. Moisés guió a su pueblo por el desierto durante 40 años, pero esta huida aérea ha demorado 40 minutos. Los viajeros no han llegado a la tierra prometida; es sólo una parada temporal en uno de los tantos oasis que poblarán mientras esperan por el regreso al terruño que acaban de dejar y al que muchos no volverán a ver ni siquiera de lejos, como pudo Moisés.

Mireia Álvarez Bosch

ESTAMPA DE PLAYA

Pao se despierta en la playa. Abre los ojos y siente el sol muy de cerca, acariciándole las mejillas. La brisa de la mañana es dulce y tierna como un beso. Las gaviotas graznan a lo lejos. Todo está en calma. Hay una barquita de color rojo desteñido apoyada sobre las piedras grises.

Se oyen las olas del mar abrazando la orilla.

Una paloma se acerca desconfiada.

Pao se queda inmóvil observando con un ojo entreabierto.

La paloma remueve las piedras con el pico, buscando algo.

Una ola feroz rompe en la orilla y la paloma sale volando en tan sólo una décima de segundo.

Ahora se ha desvanecido en el horizonte como una mota de arena.

Pao se queda sólo como la barquita roja despintada. Observando. Esperando que algo ocurra.

MORSE FANTASMAL

Fue don Sancho un sabio, pero murió de viejo. Al pasar el umbral del más allá no halló el túnel de luz y en fantasma terminó. Se alojó en la biblioteca al verse desahuciado de su morada. Se percató de que no bastaba ver y oír a los vivos, ansiaba comunicarse... Su vieja amiga, doña Felicia, honoraria bibliotecaria, antigua empleada de la Marina, vivía aburrida al perder a uno de los pocos usuarios de este templo del saber. Extrañaba las tertulias de pasados años.

– Coño! Como haré para entenderme? – se preguntaba don Sancho, encolerizado.

Su apéndice en vida, el bastón, inexplicablemente traspasó el misterioso límite. – No me haces falta... camino sin problemas... mis viejos achaques no me fastidian ahora...! – razonaba viendo con desdén al instrumento de elaborada madera.

Mas se percató manipulándolo que al golpear contra el suelo emitía sonidos. Doña Felicia se estremecía con los inexplicables ruidos. Recordó, don Sancho, sus antiguas lecciones de Morse; comenzó a bastonear en secuencias aprendidas.

– Susto! Aquí merodean los fantasmas...! – Gritó sobrecogida doña Felicia. La pobre hechó a correr un día a toda prisa.

El tiempo acostumbra a todo... Doña Felicia le perdió el pánico a los toques. Intuitiva, como veterana de la honorable Marina, captó la secuencia en claves aprendidas hace décadas, su primer empleo.

– Es Morse...! Sin duda...! Quién será? No puede ser...! Don Sancho...! – se asombró la perspicaz mujer al identificar las señales transmitidas del otro mundo.

– Sí! Sí! – repitió el fantasma lleno de alegría al saberse comprendido. Se regocijaron al reencontrarse... el aburrimiento de ambos se esfumaba.

– Puede leer mis libros favoritos en voz alta...? – preguntaba el fantasmagórico erudito.

– No faltaba más...! – replicó gustosamente la encargada de la biblioteca. No chistó en aceptar a la primera.

Se reanudaban las charlas...

TARDE DE FIESTA

Como cada tarde, Juan inicia los preparativos de forma casi automática: desengancha el carromato colocándolo en la plaza y cuida que todo esté dispuesto. Inerte en mi posición observo la rutina previa a la actuación. Antes “los nervios” corroían mi desgastada madera, ahora ya es coser y cantar. Estiro las cuerdas, el viaje ha sido largo. Entretanto, van colocando las sillas dejando un angosto pasillo apenas rectilíneo. Algunos niños merodean e incluso uno se ha acercado a acariciarme la cara. Me gustaría sonreírle, pero sólo soy una marioneta. El lugar se va llenando poco a poco.

Todo está preparado: la función va comenzar.

Francisco Juan Barata Bausach

UN VIAJE DISTINTO

“El viajero está echado, boca arriba, sobre una chaise-longue forrada de cretona...” Terminaba de leer a Cela, el de la Alcarria, cuando sentado en casa recordé esa frase con la que comenzaba el libro. En casa no tenía una cosa de esas que decía el Nobel, solo mi viejo y querido sofá.

Pero en breve iba a comenzar también un viaje, no obstante el mío no era en nada memorable, ni me iba a conducir a ningún premio.

Tenía que presentarme al Juzgado.

Manda huevos, y elegir donde cumplir mi viaje de dos años por la cárcel. ¿Qué había hecho?, darle de hostias a un hijo de puta, valiente cabrón, que estaba moliendo a palos a su novia en plena calle, ante la mirada insensible de demasiado indolente.

Mi mala suerte fue que el cobarde cayó rompiéndose el cuello contra el bordillo. Quedó en silla de ruedas. Ese no pegará a ninguna otra mujer, pero la justicia es la justicia.

Demasiada fuerza aplicada, dijeron, aunque yo sólo quería que no matara a la pobre chica.

Quizás la culpa no la tuve yo, sino otra justicia superior, no sé.

Por eso intuyo que por mi viaje no me darán un premio. El premio ya me lo dieron los ojos agradecidos de aquella chica, morados, sangrientos, cuando cesó la paliza.

Aquellos ojos me dieron el mejor premio que puede recibir un ser humano, el amor de una persona que de no ser por mí, seguro no seguiría levantándose todas las mañanas a mi lado, feliz de vivir y de ser una mujer querida y respetada, como la quiero y como debe ser respetada cualquier mujer.

Al final mi premio no será tan malo, porque cuando acabe mi condena volveré con orgullo junto a toda una mujer.

LIBERACIÓN

Era un hombre formal, riguroso, académico..., serio. Con ese grado de monotonía feliz, respetable que se alcanza en el otoño de la vida, cuando la plata comienza a teñir las sienes y la tonsura a incardinarse en la azotea y los sueños se evaporaron con el paso del calendario.

Leía el horóscopo por hábito, como si alguna vez hubiera creído en los astros...

Esta vez... Los astros habían jugado en su contra o... ¿sería a favor?, se habían aliado ¿para su perdición o para su salvación? y una conjunción imposible había procurado el cruce de sus miradas y la secuencial esclavización a aquella boca que risueña nublaba todas las estrellas y su entendimiento.

Era una boca de mujer, que rompía el silencio con su presencia, sin emitir sonido alguno, con todas las promesas kunderianas bordadas en ella, que sonreía con los labios, con los ojos, con todo su cuerpo.

La distancia más corta entre dos personas no es la línea recta de la mirada, no, es la curva de la boca, es el beso. El beso que une y reúne. El beso que sólo lo es cuando se comparte. Que intercambia aire, saliva... ánimo. Todo en la vida comienza en los labios.

Se acercó con el campanario embriagado, titubeante...

– Dame un beso, deshaz el maleficio y vuélveme hombre -suplicó.

Las palabras nacían más allá de su laringe. Ella no se asustó, le miró, una sonrisa tenue buscaba abrirse camino en su boca...

– ¿Me despertarás de mi sueño?

Se besaron con el alma rendida, sin explicación, sin futuro. Una vez más Eva consiguió que Adán encontrara el Paraíso. Juntos, unidos por el beso, romperían hechizos y sortilegios malvados. Ni Batracios encantados, ni Durmientes maldecidas..., por fin, libres de las leyes impuestas por los otros, serían ellos.

BACU

Las estrellas, fieles compañeras de la señora plateada, brillaban en ardua competencia como pretendiendo servir de pendientes a la blanca dama, dueña de la oscuridad. Surcando la noche con el batir de sus alas, Bacu el murciélago, volaba en busca de su alimento nocturno. La numerosa banda de mosquitos que detectó bajo la luz de la lámpara de una granja, le hizo acercarse para saciar su hambre.

Percibía como un pavo real no cesaba de observarlo altanero, hasta que intrigado por la soberbia de las miradas que intuía, descendió hasta quedar frente al ave y éste le habló con prepotencia.

– Eres feo, pequeño y te alimentas de bichejos. Fíjate en mí, me dan el mejor pienso y tengo el calor y la protección de la granja ¡Admira el colorido de mi plumaje!

El pavo desplegó todas las tonalidades de sus plumas ante Bacu, que así le respondió.

– Como bien sabes no puedo verlo, pero lo presiento mucho más que bello, infinitamente hermoso, pero, ¿qué fue de tus valores, que queda en ti de la ética y la solidaridad? – le dijo mientras el pavo replicaba riendo.

– ¡Dicen los dichos mal o bien dichos *“la ética era verde y se la comió un burro y con la solidaridad ni se come ni se vive como un rico de verdad”!*

Sin previo aviso, el dueño de la granja apareció con un hacha en la mano y agarró al pavo por el cuello con la otra, arrastrándolo hasta un tronco cortado para sacrificarlo. Bacu emprendió veloz huida no sin antes decirle al horrorizado pavo.

– ¡Más vale ser feo, pobre, pequeño y comer mosquitos, que terminar en el plato de ningún señorito!

RECUERDOS PROHIBIDOS

Habían pasado muchos años desde entonces.

El reflejo de su recuerdo no dolía, sólo escocía, pero era un escozor que, prolongado, desembocaba en la agonía, razón por la cual nunca lo desenterraba de mi mente. Así habían pasado 10 años, y otros tantos pasarían, de eso estaba seguro.

No volví a ningún lugar donde hubiésemos pasado algún momento; no visité su tumba, ni siquiera en su funeral, y mucho menos para llevarle flores inútiles que acabarían por marchitarse.

No quise volver al pasado, ni devolverle la vida, porque es imposible y, al fin y al cabo, solía decir que necesitaba un descanso de este mundo. Quizá por eso intentaba no recordarla: no quería atarla a la vida a través de mi mente. Además, si pensaba en ella, quedaba encerrada en mi cabeza y no dejaba espacio para nada más.

No la olvidé, ni mucho menos, simplemente, no la pensé. Ella estaba ahí, oculta, esperando para salir a escena en una obra que no comenzaría nunca.

En lugar de evocarla, me concentraba en otras cosas, más simples, menos peligrosas, tales como el haz de luz que entraba por la ventana, incidiendo en mi mesa de trabajo; el sonido del agua de un río cercano o el de unos polluelos recién nacidos, esperando en su nido instalado en un roble cercano, al regreso de su madre.

Había muchas cosas en las que pensar, pero nunca, nunca, podría recordar aquellos momentos. No sin acabar colgado de un árbol con un lazo de cuerda al cuello.

ALAS

Desde que tuvo uso de razón, lo que más deseaba en el mundo era poder tener alas. A ella le parecía que debía de ser maravilloso ver la Tierra y el universo volando: ciudades con sus plazas, las grandes avenidas, los jardines, casas de todo tipo y forma... ¡Seguro que era espectacular!

Soñaba con campos amarillos de trigo, praderas verdes, montañas rocosas bosques frondosos y desiertos áridos. Vería a las personas y a los animales como muñequitos con los que pudiera jugar. En su imaginación, los ríos eran como grandes serpientes azules que corrían tras su presa.

Le ilusionaba contemplar desde lo alto iglesias de todos los tiempos. Tenía que ser una locura presenciar tanta belleza: grandes góticas con las que casi se pincharía, con sus torres, campanarios, cúpulas y pináculos.

No lo pensó más. Marchó a la gran ciudad y con un grupo de turistas subió en un ascensor al último piso del edificio más alto de aquella capital. Sin que nadie lo percibiera saltó por una ventana y tal y como lo había soñado se encontró sentada en una enorme, blanda y suave nube blanca. Sus anhelos se realizaron. Aquello era aún más fantástico que todo lo deseado.

Al día siguiente los periódicos recogieron lo que para muchos parecía una trágica noticia.

Yady Sorleth Campo Ramírez

*A mi entrañable amigo Jorge Gómez Jiménez,
por tender una mano a los escritores de provincia*

ESPERANDO

I

Sus negras manos la acarician desbaratándola en un sudor imposible de disimular. La percibe tan fría que la vuelve a acariciar una y otra vez hasta calentarla, hasta hacerla sudar mucho más. La percibe burbujeante. Se desprenden -ante semejante estímulo- unas gotitas envueltas en una aureola inconfundible de inocencia y ternura. Sin proponérselo, logra hacerla estallar en pompas que emergen con suavidad.

Las manos cautelosas vuelven a recorrerla logrando que la sensación de cosquilleo parezca dormitarse. El burbujeo cesa y el sudor se vuelve incontenible; humedece no sólo los dedos invasores, sino la palma de la mano entera.

Sus negras manos la acarician hasta que -sin querer- la calienta por completo.

II

A lo lejos, el barman observa a la dama toquetear -con notable gesto de resignación- la copa de champaña. Se pregunta, ¿por cuánto tiempo más lo hará?, si esa persona a la que espera noche a noche -desde hace años- seguro nunca ha de llegar.

EL AIRE DE LA PECERA

Las emociones en esa casa siempre eran chispas a punto de hacerse fuego. Hubieran preferido el calorcito templado que irradian las últimas brasas, y no esa hoguera encendida que se tragaba hasta el último hálito del aire común. Cuando se hubo extinguido el oxígeno, tuvieron que vivir con máscaras y bombona, vestidos de buzo. Entonces le pusieron el nombre de la pecera a la casa redonda donde nació la Sergia, y donde se hizo madre, y más tarde abuela y finalmente murió. Y aquella muerte sirvió para que los hijos y nietos se dieran cuenta de que era posible abrir las ventanas y respirar el aire del campo. Allí mismo quedaron las escafandras que les habían servido de protección en aquel ambiente asfixiante donde la Sergia se tragó el aire de todos.

Años más tarde, alguien descubrió una casa redonda en medio de un bosque. Las enredaderas habían entrado por las ventanas abiertas de par en par, cruzando de extremo a extremo las dependencias. Lámparas fosilizadas con una singular apariencia coralina pendían de los techos combos sobre los que la fronda había depositado todo su peso. El ambiente boscoso de aquel interior rememoraba un fondo de algas marino. Por eso escribieron en un periódico nacional que en un perdido enclave de la localidad asturiana de Taramundi se habían encontrado los restos de un lamentable naufragio. Lamentable porque en el centro del salón oval que daba acceso a las demás dependencias, alguien había muerto en la peor de las soledades. Con cada golpe de aire, su esqueleto aún se balanceaba sobre la mecedora de pino que en otro tiempo debió ser un trono.

CHICOTOPO

El chico nuevo no encajaba. Quedó claro el primer día. El colegio rural tiene sus propias reglas. Vestir diferente, de forma relamida y urbana, es ponerse una diana.

Ya sabes como funciona, primero el silencio en clase de ojillos expectantes, luego la voz del chico refinado. Le ajustaron las cuentas los días siguientes. Terminó la semana, llegó el *finde* con su manto de olvido. Nació el lunes y un sutil cambio se había operado. Eran desde luego las mismas ropas, era la misma voz incluso el mismo olor pero el chico no era el mismo. Y dejó de ser un objetivo. Estaba camuflado.

Durante el recreo buscaba en el bosquecillo un árbol y a sus pies cavaba. Los días se sucedían y podías saber en los lugares por los que había pasado por los hoyos que iba dejando. No podía ser de otra forma, llegó el apodo, (en el mundo rural la gente llega a olvidar su verdadero nombre) Chicotopo.

— ¿Qué haces? — le preguntó el grandullón con los brazos en jarra.
— Busco un tesoro.

Los profesores han reclamado la presencia de los padres en reunión urgente. El bosquecillo del colegio e incluso el terreno colindante está minado por pequeños hoyos. Todas las mañanas ciento ochenta y siete niños (el total de alumnos) se comportan como topos.

AZÚCAR

Azúcar, montones de azúcar. No podía dejar de pensar en ello. Desde que el doctor le dijo que no podía tomar ni un gramo de aquella dulce y celestial sustancia no podía dejar de pensar en ello.

Un sabor que embriaga toda la boca, que segrega saliva. Activa la mente y el corazón. Pero no, el maldito matasanos tenía que decirle aquello.

Se asomó a la despensa y allí estaba, un tarro lleno de aquel prohibido manjar, escuchaba su llamada, lo reclamaba. Pero... ¿Quién se va a enterar? Quitó la tapa y olió. La boca se le hizo agua, el estómago se le revolvió pidiendo su parte de ración y se sorprendió a si mismo relamiéndose los labios.

Con el frasco aún en las manos, abrió el cajón para sacar una cucharilla. No, mejor una cuchara sopera. La introdujo, y se escuchó el suave crujido del azúcar, le estaba hablando. Sacó una cuchara llena a rebosar y... directo a la boca.

Había tan cantidad que apenas se podía deshacer y comenzó a engullir. Tiró la cuchara y comenzó a tragar directamente del frasco. Pero calculó mal y cayó casi todo el contenido en su boca que tan abierta estaba que pasó a su garganta.

Tosió, se atragantó. El placer se convirtió en una fracción de segundo en una desagradable sensación de ahogo. La cantidad tragada se convirtió en una espesa bola que no podía pasar ni adelante ni atrás. Su rostro se volvió morado, sus pulmones trataban de conseguir aire sin éxito, la agonía se prolongó un par de minutos más. Mientras, ya en el suelo, pensó en cuanta razón había tenido el médico ¡El azúcar no es bueno para su salud!

EL LADRÓN

Amanecía cuando un hombre joven cruzó veloz la plaza del pueblo. La plaza de forma rectangular, presidida por el reloj enorme del Ayuntamiento, le recibió con la misma frialdad de ese día de finales del invierno. En un extremo, la escultura en bronce de un anciano, con su gorrilla y su bastón, le observó alejarse calle arriba hacia las afueras del pueblo, en dirección a las montañas.

Al llegar a una de las últimas casas del pueblo, dudó un instante, pero le habían asegurado que en aquella casa ese día, no habría nadie, que podía robar tranquilamente. Forzó con maña y profesionalidad la ventana, como tantas otras veces. Ágilmente penetró en el interior. Un intenso olor a moho y putrefacción le produjo náuseas, pero se recompuso y linterna en mano inspeccionaba la casa, cajón por cajón, abriendo puertas de armarios, buscando escondites secretos. Entró en un pequeño cuarto de baño y la luz encendida, le hirió los ojos y se vio a sí mismo reflejado en el espejo: mal afeitado, ojeroso, muerto de miedo, con una expresión de derrota congelada en el tiempo, como un retrato antiguo con el marco verde, desconchado y sucio.

– No puede ser – pensó. – Hay alguien en la casa.

Le habían engañado. Al fondo del salón un anciano descansaba sobre un sillón. La primera luz del amanecer, que se colaba por la ventana, le iluminaba el semblante. Parecía muerto por la palidez intensa de su rostro y su aspecto de abandono. Se acercó con precaución y repentinamente el anciano abrió los ojos y se miraron, el ladrón descubrió en los ojos del anciano sus propios ojos, había encontrado por fin su destino.

QUIZÁS MAÑANA

– Quizás mañana te llame – me susurró en la mejilla rozándola levemente con el labio inferior, vendiendo cierta involuntariedad que yo no quise comprar.

Al cabo, escudriñó por encima de mi hombro el desorden que dominaba la moqueta de la habitación del hotel. Nuestras miradas tropezaron una y otra vez generando igual número de sonrisas cuando, al fin, detectó su bolso entreabierto bajo una silla. Se calzó para recogerlo pausadamente mientras se giraba hacia mí de nuevo.

– Sí, puede que te llame – asintió, alzándose apoyada en el pomo de la puerta y, tras guiñarme el ojo derecho, desapareció por el pasillo. Yo permanecí sobre la cama, concentrándome en escuchar el agozar del sonido de sus tacones. Como, cuando percibiendo el final de una canción que no deseas que termine, elevas lentamente el volumen de los últimos segundos.

Sensaciones encontradas luchaban por hacerse hueco en la boca de mi estómago. Desde la mañana anterior la tristeza me asolaba, terminaban las vacaciones y el regreso a la realidad cocinaba una suerte de pereza aderezada con varias cucharadas de pánico. Resignado ante la irrevocabilidad de la vuelta a la rutina, aquellas cuatro palabras, *“quizás mañana te llame”*, habían teñido de otro color el fatídico día. Al menos me regalaban la oportunidad de ocupar la cabeza con algo que, lejos de dejarme indiferente, conseguía mitigar parcialmente mi ansiedad. Y así, meditabundo, forzándome a ser positivo, reflexivo, pensando, pensando... pensé que yo nunca, jamás, en ningún momento, le había dado mi número de teléfono.

HUYE

Lo supo por la espesura y la negrura de las nubes, por los regueros de sangre coagulada en el pavimento, por el resuello ahogado de los corredores en la oscuridad, por el aleteo que centellea, sin mirar atrás, de los gorriones, por el susurro tranquilo de la Muerte en su oído, por la quietud del aire, el dolor del silencio, la convulsión del corazón y los pinchazos en el estómago.

Después de muchos meses de pequeñas señales, aquel día, a la vez que todo sucedía mientras del cielo llovía ceniza y decían que llovía dinero, recordó aquella frase, que había leído meses atrás en una callejuela de Madrid: *“el Miedo va a cambiar de bando”*.

Y cuando comprobó que sí, que no había duda, que el Miedo había cambiado de bando, echó a correr sin sentido, pensando en que ya nada se podía hacer por salvar el mundo que conocía.

MI MEJOR DÍA

La primera vez que mi amor me dirigió la palabra era martes. No podría haber sido de otro modo: el martes es mi día de suerte, aquel en el que todo es posible, la jornada siempre mejor valorada de mi horóscopo. Las veinticuatro horas más dichosas de cada semana de mi vida han resultado ser martes, por lo que esos son para mí, sin duda, los mil cuatrocientos cuarenta mejores minutos que nadie pueda imaginarse.

Por tales motivos siempre tuve la certeza de que mi anhelada oportunidad llegaría, cómo no, un martes. Aguardé con ansia durante semanas el amanecer semanal de ese día cuando, por fin, un martes como otro cualquiera, tan feliz en apariencia como el resto, tan especial, tan cargado de hermosas vibraciones, de armonía y de buen karma, sucedió:

— ¡Apártate, imbécil! — las palabras se le derramaron de los labios como un reguero de miel.

Yo, mitad pletórico, mitad anonadado, no fui capaz de articular ni el más mínimo fonema. Permanecí inmóvil unos instantes. Luego, me aparté con lentitud de delante de la portezuela abierta del autobús de línea y la dejé pasar, empapado en el sonido dulce de sus palabras, mientras el conductor emitía un sonido gutural y me fulminaba con la mirada. Pobre diablo... seguramente para él su mejor día no era, como el mío, el martes.

María del Mar Cuadra Arance

MEZCLA PERFECTA

Mezclabas recuerdos con fantasías. Realidades con sueños. Y la risa me delataba. Decías que yo era la imaginativa pero a ti nadie, nunca, te ganó a teatrero.

Me llevabas a Saturno a diario en un microbús que siempre encajaba en la misma duna. Y te reías de mi vestido de estrellas porque, al brindar, se me caía una en la copa de vino y la dejaba flotar, dichosa y ebria.

Mi sarcasmo y tu paciencia se pasaban el día discutiendo. Y así, todo era perfecto.

La vida nunca ha sido tan bella como en las noches en las que me reconocías luna y te bautizaba cometa.

– Una vez encontré un mes capicúa, ¿lo sabías? – te contaba. Y tus orejas se abrían a mi próxima historia.

ELLA

Tiene los ojos tristes de tanto mirar sin verme. Cada mañana le envió mis pensamientos a bordo de un desahuciado avión de papel. Nos conocíamos incluso antes de que yo fuera tan solo un ilusionante proyecto en su vida. Al pasar a su lado, mis besos rozan sus pálidas mejillas. Le susurro las mismas palabras de siempre, cada día.

Hace tiempo, mis pasos siguieron los meandros del río Júcar en busca del mar, que es el morir. Y, aunque nuestro amor siguiera intacto, nunca las aguas remontan a sus orígenes. Una mañana de mayo, cuando las amapolas retozaban a destajo sobre los esperanzados campos de cereales, se olvidó de vivir. No pude despedirme de ella.

Hoy, amaneciendo la primavera, vuelvo a recordarla. Y paso delante de su triste imagen en el portafotos, dejando caer mis *"buenos días, mamá"*, mientras mis dedos rozan delicadamente sus pálidas mejillas.

Emilio de Palacio Llerena

*«Al hombre que hace todo lo que puede
no podemos decirle que no hace todo lo que debe»
(Fray Antonio de Guevara)*

¡SÍ, SEÑOR!

En un país de quijotes al sur de Europa, un terrateniente amante a los caballos, trata a sus jornaleros como lo ha hecho su padre durante cincuenta años, es decir con humillación. Es tan rico que cuando habla, la gente obedece y le da la razón en cualquier tema.

Una vez, alrededor de las tres o cuatro de la tarde cuando el sol quema con su aroma y el “señor” acaba el desayuno junto a una amiga, la lleva a visitar la caballeriza donde exhibe sus magníficos ejemplares. Para satisfacer ego y dones increpa al mayoral:

– Ramón, ¡ese caballo tiene ácaros!

El hombre tras comprobar que ninguna garrapata forma parte de la cuadra...

– Señor, todo está desinfectado para...

– ¡Ahí, hay ácaros! ¡No quiero que quede ni uno solo!

– Señor yo...

– ¡Cállese y cumpla mis órdenes!, haga todo lo que pueda para mantener la limpieza, sobre todo ahora que vamos a recoger la cosecha.

– ¡Sí, señor!

El “señor” se “apresura” a salir de la finca, cuestión que hace acompañado de la señorita durante la puesta de sol.

A la semana, tras agotadoras gestiones con un Banco recién rescatado, soluciona el cobro de las subvenciones del Estado y retorna a la hacienda. Desde la entrada divisa a lo lejos que toda la siembra está ardiendo, apresura su poderoso todoterreno y encuentra a

Ramón, el mayoral, prendiendo fuego a la cosecha cuan perfecto pirómano.

A punto de una subida de tensión, azúcar, infarto o un ictus por su elevado peso, aliado con su baja estatura, vocífera...

— ¡Insensato! ¿Qué estás haciendo?

— ¡Quemo las garrapatas para que no lleguen a los caballos, señor!

María Teresa de Toro Tintoré

UNA EXPERIENCIA

Por fin era la hora y la espera había merecido la pena. Me saludó y sonrió amablemente. Apenas intercambiamos unas palabras y sin más preámbulos me quité la ropa y me tumbé suspirando profundamente, captando el suave aroma que me envolvía. Notó que estaba muy nerviosa e hizo que la luz fuera más tenue. Era justo lo que necesitaba.

En la casi penumbra, noté sus cálidas manos sobre mis pies. Primero fueron mis talones, luego mis tobillos, más tarde mis pantorri-llas, mis muslos... Sentí sus manos subiendo...

Me dijo que estaba muy tensa y cerré los ojos. Olvidé todos los problemas y me perdí por mundos de nubes blancas, de arenas finas, de baños en el mar...

¡Hay que ver lo que puede conseguir un buen fisioterapeuta!

SUTURAS

Si alguien conoce de cerca el olor de la sangre es Eleuteria Perfecta. Jamás aprendió a leer, pero a su espalda lleva toda una vida de sobar chichones, desinfectar cortadas y remendar la piel abierta de los surfistas en el dispensario médico de Playa Punta.

Desde hace un tiempo ya no es la misma y la gente del pueblo lo calla. En noches de luciérnagas se aparece por el río, con el rostro aceitado y los ojos como de piedra. Entonces le da por pregonar a viva voz que un alcastraz herido duerme en su corazón o que los perros colorados le avisan cuando la muerte está cerca. Cuesta creerlo, pero su reputación de curandera no se ha visto afectada en lo más mínimo por tales episodios.

Esa tarde el muchacho llega sólo. Se acuesta en la camilla con el pecho desnudo. Destila gotitas de mar y de sangre entre los rizos dorados. Tiembla, mientras le cuenta con lujo de detalles cómo el maldito revolcón le arrancó la cuerda de la tabla y lo llevó a estrellarse de cabeza contra las rocas. Eleuteria no escucha, pero lo ve de reojo: es el catire más bello que nunca atendió. Sus manos expertas brincan sobre los frascos de algodón y *merthiolate*, de aquí para allá, de allá para acá.

El día se va apagando y bajo el cuero curtido de su pecho algo despierta. Al principio es como una leve sacudida, luego un aleteo feroz. Aunque lo intenta, no puede contenerlo. Busca el punzón, al fondo de la gaveta, y le advierte, como si nada: «*No queda de otra. Tenemos que suturá*».

Lejos, más allá de lo visible, los perros rojizos ladran.

SIEMPRE A FONDO

Siempre pisa a fondo en los semáforos para aprovechar la vida al máximo, como suele decir a sus colegas tras varias rondas de cervezas. Algunos días, conduce iracundo desde el trabajo para llegar a casa cuanto antes. Otros, los menos numerosos, corre para acicalarse porque ha quedado con una nueva y voluptuosa conquista. Hoy, sin embargo, pisa a fondo por la adrenalina, por ese agente altamente adictivo y que impele la emoción y el riesgo en su vida. Ámbar... Pisa a fondo para apurar los últimos metros que le quedan y dejar atrás el semáforo. Sin embargo, no cuenta con la bicicleta, que el azaroso destino ha puesto en su trayectoria al dar la curva, y consigue esquivarla a duras penas. Al ciclista casi le da un infarto, pero la peor parte se la lleva una mujer que da un paseo con su bebé. Un golpe sordo, varios gritos y el capacho sale disparado hacia el asfalto y se golpea. El niño aún respira. La madre muere en el acto.

LA GENIO

— ¿Esto es un genio? — Con la lámpara en la mano, señaló a la figura alta, gorda, boquita fruncida como si estuviera a punto de besarlo, una trenza negra que le llegaba a la cintura y los ojos muy juntos que le daban un aspecto un poco raro. — Pues vaya birria — añadió sin demasiada cortesía.

— No mi amo, soy una genio — puntualizó la aludida — y estoy aquí para cumplir uno de tus deseos. El que irrumpa en tus sueños, el que endulce tus vigiliass, el que...

— ¿Sólo uno? Eres un poco cutre. — La genio puso cara de sorpresa. Él continuó — Pues tendré que afinar. ¿Dinero? Eso ya lo tengo yo. — un timbrazo del móvil interrumpió sus cavilaciones — ¿Cómo no? Ya está la bruja codiciosa de mi ex. ¿Qué querrá ahora? Dinero, claro. — de pronto, puso cara de alegría suprema — ¡Hombre! ¡Ya lo tengo! — se dirigió a la genio que lo observaba con cara alelada — ¿El deseo tiene que ser para mí?

La genio negó. — No, mi amo. Puede ser para un ser querido...

— Querido, querido, no. Es para mi exmujer. Verás, deseo que pierda lo que más desea en el mundo. ¿Podrás hacerlo? — Cabezazo afirmativo de la genio. — Pues, adelante.

La genio inclinó la cabeza y desapareció. Él se quedó como un tonto, mirando al vacío, esperando que aquel ser estrafalario cubierto de velos multicolores regresara. Pero no volvió a verla. Dejó la lámpara sobre un banco y continuó andando. El móvil volvió a sonar. En la pantalla un número desconocido. Llamó, extrañado. Una voz masculina respondió.

— ¿Señor Cerezo? Soy el comisario Puentes. Tengo que comunicarle algo muy desagradable. Su administrador se ha fugado llevándose todo su dinero. Ahora mismo vuela rumbo a Brasil. Tendrá que acercarse... ¿Señor Cerezo? ¿Está usted ahí?

UTOPIÍA

— ¿Y ese mundo existe? — preguntó el discípulo a su maestro.

— Sólo en tu imaginación.

— ¿Y cómo sería?

— Pues podría ser terrorífico, plagado de seres monstruosos: privados de ojos, oídos y boca.

— ¿Y qué más?

— Imagina que el egoísmo se hubiese atrincherado en las almas de esos seres, que gozaran con el mal ajeno y que con sus guerras destruyeran pueblos enteros. Imagina el odio dominando sus corazones; el amor huyendo veloz de todos ellos. Imagina que su instinto sólo se dejara guiar por el poder y que la inteligencia, la educación y el arte fueran relegadas al olvido. Imagina unos seres que despreciasen la tierra que alimenta sus vidas, que desoyesen los gritos de la naturaleza y menospreciaran al resto de especies. Donde sus dirigentes gobernasen despóticamente y abusasen de los más débiles, ajenos al otro extremo del mundo, incluso a lo que aconteciese a escasos metros. Imagina que esos seres abominables dejasen morir de hambre a miles de personas cada día, olvidasen las enfermedades del espíritu y especulasen con las vidas de otros. Imagínalos vacíos de empatía, ególatras, perversos, impasibles, violentos...

— ¡Sería horrible! — interrumpió el alumno, al que ya no parecía divertido aquel juego.

— Lo sería. Pues esa posibilidad remota de ser es la utopía.

MUROS

Otro día más la misma melodía provocadora me recordaba que otra jornada de mi vida comenzaba. Una vida, hoy por hoy sin rumbo cierto. Me levanté automáticamente, como si alguien me hubiera programado para ello. Supongo que esto debe ser un efecto secundario de la rutina.

Al llegar a la cocina sus ojos me recibieron con luto en la mirada. Los últimos meses el silencio levantaba muros inalcanzables en cada uno de nuestros gestos. Al marcharse escuché el portazo de rigor. Sin un adiós, sin una palabra de aliento. Sólo silencio. Un sonido que comenzaba a convertirse en costumbre. Mientras mi hombría se debatía entre la desesperación y el llanto, seguí mi camino. Buscando, luchando, intentando que las piezas de ese puzle que en estos momentos parecía mi mundo volvieran a encajar.

Cuando llegué a casa aún seguía apretando el contrato entre mis manos. Con fuerza, como si temiera que en cualquier momento echara a volar. A partir de ahora todo iría bien me repetía.

La casa estaba vacía, diferente, parecía guardar un secreto. Sobre la mesa una nota.

Carmela resumía nuestros treinta años de casados en un: *“lo siento, no soporto ésta situación ni un día más”*.

El contrato cayó al suelo, sin hacer ruido, como en silencio empezaba a evaporarse mi vida.

VUELTA A LA IRREALIDAD

El tan ansiado día por fin llegó y nadie la esperaba cuando, después de casi veinte años, pudo volver a saborear lo que significa ser libre. Lo primero que pudo percibir fue un olor completamente diferente, la sensación de estar en otra realidad, en un mundo paralelo que pensaba que ya no existía. Tras despedirse de la funcionaria que la acompañó hasta la puerta y le deseó la mayor de las suertes en su nueva vida, se sintió completamente sola y abandonada. Al subir al taxi, le indicó al conductor que la acercara hasta la calle Echegaray. Tras llegar a su destino, lo primero que divisó fue el denostado café Segovia, que seguía tal y como ella lo recordaba. Seguidamente caminó hasta el portal de casa, fijándose en cada persona que se cruzaba en su camino. Se sentía una extraña en su propia vida, como si todas las vivencias y sensaciones del pasado no hubieran sido reales. Sin embargo, se sintió aliviada cuando abrió la puerta de casa y comprobó que todo seguía en el mismo sitio. Su habitación, casi inmaculada, le dio la más cálida de las bienvenidas al volver a tumbarse en su añorada cama. Al sentir de nuevo el contacto con la almohada, no fue capaz de mantener los ojos abiertos.

Cuando despertó, habían transcurrido ocho horas y ya no brillaba el sol. Decidió que saldría a comprar algo para llenar su nevera. Su segundo contacto con la calle fue todavía más incierto. Sólo deseaba volver a casa, al único lugar donde se sentía segura. En cuanto llegó, apenas sin apetito, volvió a dormirse. Esa noche soñó que no era libre, que seguía en su celda de antaño. Llorando, abrazada a su almohada, deseó que ese sueño se hiciera realidad.

Juan Folguera Martín

COSAS DE BRUJAS

Mis padres siempre encargaban a la misma vecina que me cuidara cuando salían por las noches. Como vivía rodeada de gatos, yo estaba convencido de que era una bruja. Tenía miedo de que si me portaba mal utilizaría sus poderes para convertirme en un gato negro. Después de decir una mentira delante de ella, me miraba en un espejo para comprobar si me crecían bigotes o garras en los dedos.

Cuando cumplí diez años confesé mi miedo a los amigos. Se rieron de mí. La historia de la vecina no era más que un cuento para asustar a los niños.

Ahora que soy un adolescente, ya no estoy tan seguro. Reconozco que miro a las chicas, aunque casi nunca les miro a los ojos. Intento evitarlo, pero pronto seré un gato negro. Siempre que corro al espejo compruebo que me está creciendo pelusilla en los bigotes, pelos en el sobaco y, de lo malo que soy, hasta en el bajo vientre.

LA OTRA HISTORIA DE CENICIENTA

Justo con la última campanada de las doce sin dar explicaciones la bella desconocida abandonó el palacio real. El príncipe corrió tras ella pero no consiguió darle alcance, y sólo encontró un zapato de cristal que había perdido en la carrera.

Durante varias semanas los enviados del príncipe recorrieron casa por casa para que toda joven virgen se probara el calzado, mas los días siguieron pasando y la dama de sus sueños continuaba sin aparecer.

Desesperado el infante, dejó de comer y el rey, su padre, comenzó a temer por su salud. Todos los médicos del reino fueron convocados para que atendieran las dolencias del hijo del rey que seguía aferrado al recuerdo de la bella muchacha con la cual apenas había intercambiado unas breves palabras.

Mas el inexorable tiempo todo lo cura, la anónima joven no hizo acto de presencia y el zapato de cristal fue arrojado al basurero real.

Finalmente, el príncipe se enamoró de la princesa de un reino vecino y en menos de tres meses se efectuó la ceremonia de matrimonio. Un acontecimiento tan importante que todos los súbditos del reino celebraron con gran alegría. Ya para entonces nadie se acordaba de la misteriosa desconocida.

Esa noche toda la ciudad comió y bailó casi hasta salir el sol, luego se retiraron a descansar en espera del nuevo día.

Cuando pasó el último de los serenos, todas las viviendas estaban apagadas, todas menos la humilde casa del herrero. En la última habitación, a la luz de una mortecina vela, el hijo del forjador llora desconsoladamente mientras se mueve de un lado al otro del aposento. Viste ropas de mujer y calza en sus pies zapatos de cristal.

DICEN QUE FUE EN UNA SEMANA

En el comienzo de los tiempos se dijo que Dios creó al hombre y sucedió esto en una mañana de verano, con un sol radiante, todo a su paso era luz clara. Y bajo su influencia coronó la cabeza de aquel ser con cabellos como el trigo, como el oro y a su piel le dio colores de aurora... Y entonces Dios descansó.

Pasó el tiempo.

Un día paseando por el mundo, notó lo despoblado que estaba aún y en ese otoño de vientos se sirvió de sus tonos para crear a alguien más, fue éste de amarilla tez y de ojos pequeños para protegerse del inquieto clima que hacía bailar semillas y hojas, donde toda naturaleza parecía volar, en ese mediodía de pálido esplendor... Y entonces Dios descansó.

Pasó el tiempo.

Y volvió a observar que aún eran pocos y necesitaba más jardineros para ese mundo de esencias, de cosas y flores, que la primavera pintaba de miles de colores, comprendió que otros hombres parecían faltar, ya era pasado el mediodía, se tenía que apurar. El primero fue de cabellos negros y de tez castaña y el segundo ya casi en el crepúsculo del atardecer tomando pinceladas del horizonte antes de que se fueran a perder, a su piel tonos rojizos le dio... Y entonces Dios descansó.

Pero se fue pensando que eran pocos todavía en este planeta, y ya había caído la tarde, pero igual volvió, alumbrándose con rayos de luna acompañado de miles de estrellas, vida le dio a quien en su piel tiene matices de tierras y en sus cabellos guarda la noche que recuerda el momento en que la divinidad lo formó...

Y entonces Dios descansó.

EL ROSTRO

El bello rostro que había aparecido en las revistas se miró en el espejo. Éste le devolvió la imagen de un anciano sabueso.

Rodeada de gente y glamur, adulada por su belleza, ahora la soledad era su compañera.

El óvalo se le había desdibujado, las relajadas mejillas daban sensación de deslizarse imparables hacia el suelo, el cuello lucía tatuado de arrugas.

Ella trató de eliminar lo que estaba viendo y poniendo los índices en las sienes estiró la piel hacia atrás. Este gesto elevó el contorno de su cara y por un fugaz instante le devolvió parte de la firmeza y la tersura de otros tiempos.

Cogió el bolso de piel marrón y metió su estuche con el maquillaje, las sombras de ojos, el lápiz de labios... y en un acto inexplicablemente intelectual, también el libro que nunca terminaría de leer.

Cerró la puerta y abandonó su hogar.

Minutos más tarde, mientras el atardecer doraba los tejados de la hermosa ciudad que se rendía a sus pies, miró hacia abajo, el asfalto la llamaba y con los dedos en las sienes y una sonrisa artificial, saltó.

Le había resultado fácil tomar la decisión, el ascensor llegaba hasta la azotea.

Miguel Garrote García

HUELLAS DE UNA BATALLA

Despertó como cualquier otro día de cole, pero algo era diferente. Aquellas paredes blancas no pertenecían a su habitación, y no recordaba ese pitido intermitente latiendo constante al lado de su cama. Sus padres se abalanzaron sobre él con lágrimas en los ojos, provocadas por la más absoluta felicidad, y vio reflejado en sus miradas el profundo alivio que deja a su paso el temor a la muerte. Pero él no había tenido miedo. Con diez años no se piensa en la posibilidad de morir, sólo cuenta la ilusión de existir, incluso ante un monstruo maligno y hambriento que devora partes de tu cuerpo por dentro. Siempre hay héroes para vencer a los monstruos, eso contaban sus libros. Miguel sonrió y disfrutó de los besos y caricias de sus padres, mientras el héroe observaba la escena entre bastidores, preparado para una nueva batalla, pues el monstruo volvería. Siempre volvía. Hoy, sin embargo, el monstruo había sido derrotado, y las huellas de la lucha quedaban escritas en la piel del muchacho, que sólo deseaba sentir de nuevo su cuerpo para poder regresar a casa y presumir de cicatriz. Iba a ser el héroe del barrio.

MI PADRE

Desde la ventana del hospital, he estado observando el discurrir de las estaciones sobre el asfalto mientras mi padre permanecía en coma y ahora me ofrece sus últimos alientos de vida. Mirar por la ventana sin ver es una postura para recordar momentos en los que pudimos hablar y no lo hicimos. Y no puedo hacerlo mirándolo, no puedo asirle la mano porque lo hice el primer día y me sentí extraño, vi en mi padre un extraño, un desconocido. Aquel día me abatí profundamente, lloré todo lo que debería llorar en su próxima muerte por los largos silencios entre nosotros.

La ventana se convierte por un instante en el discurrir de nuestras vidas. Aquel momento en que intenté disculparme pero no lo hice y el tiempo cicatrizó la herida sin curarla. Las circunstancias de debilidad por las que pasé esperando alguna palabra de aliento pero él se mostraba siempre distante. Nuestras eternas diferencias de criterio. Nuestra profunda falta de entendimiento. Y el tiempo, junto a la distancia, hizo que nos fuéramos alejando. Más aún cuando el único nexo de unión, mi madre, falleció. Creo que mi padre estuvo a punto de romper a llorar un par de veces pero se contuvo ante mi presencia. Yo estuve tentado de acercarme a consolarlo más allá de los convencionalismos, pero me contuve orgulloso. Y el tiempo y la distancia siguieron alejándonos hasta su enfermedad.

Abandono la ventana. Le vuelvo a mirar. Me avergüenzo de la distancia, de no haber recorrido yo el camino que nos separaba. Aunque no puede hablar percibo que, tal vez, él sienta lo mismo. Tal vez no he llegado tarde y aunque el invierno siempre ha permanecido entre nosotros, en el silencio, ha dejado de nevar.

Miguel Ángel Gayo Sánchez

EL COLOR DE LA PORCELANA

Nos conocimos en un chat para los amantes del diseño. Empezamos intercambiando insufribles mensajes de grafistas aficionados:

– Te recuerdo que la correcta proporción entre los segmentos de un todo proporciona al conjunto la armonía necesaria – escribí.

Ella tampoco se quedaba atrás:

– En las artes decorativas, la proporción sólo se consigue con un correcto dominio de la ecuación áurea.

Así estuvimos varios días. Luego ella lanzó el guante.

– Esta ventana virtual se queda pequeña. Podríamos concertar una cita física. Te envío archivo adjunto con fotografía reciente. Como comprobarás, soy tan antigua como los jarrones chinos.

Se refería a la edad.

– Un auténtico jarrón Ming rebosante de felicidad – tecleé impresionado por la sutil sensualidad que transmitía aquella fotografía. Su tez, pálida por una vida de trabajo, parecía envejecer con la elegancia de la porcelana.

Elegí para la cita un coqueto restaurante, de esos que colocan velas sobre el mantel. Con el vino, su rostro de porcelana adquirió un tono rojizo.

– Proporción y color – dije acariciando con ternura su mejilla.

Ella me apretó la mano con fuerza y acercó sus labios a los míos:

– ¡Bésame como si fuese auténtica loza de mercadillo!

SANGRE EN LAS MEJILLAS

Vivía en el mundo de los sueños, pero por la noche tan sólo la visitaban las pesadillas: lobos muertos y sangre en las mejillas, miedo, dolor y corazones rotos. A menudo parecía desconectar de la vida y cruzar un camino inexistente hacia la locura. Pero siempre volvía, con las pupilas dilatadas y la sonrisa rota, como si hubiera visto sus propios monstruos.

Ellos le decían que saltara. No sabía a donde, pero parecía ser a un lugar muy lejano, más allá de la vida y la muerte.

Por eso está aquí, con su vestido blanco y el pelo sobre los ojos. Nunca ha sido demasiado segura. Parece feliz, sabe que el final se acerca aunque sus ojos delatan que tiene miedo. Miran a todas partes sin ver nada, parecen locos. Seguro que es por las pastillas, solía decir que la hacían sentirse segura. Ha movido una pierna, pero aún le falta un pequeño impulso.

— ¡No lo hagas! — le dicen unas voces al fondo.

Pero los pájaros la animan a volar, ella siempre ha querido ser un pájaro. Es como el final de una película, sólo quedan dos escenas y ya salta ¿Cuál será la última? ¿La despedida?

Ahora lo recuerda, no sabe volar, no es un pájaro. Tan sólo una joven que quería triunfar. Cae bruscamente contra el asfalto y por un momento todo se para. No se oye nada, ni siquiera el batir de las alas. Es el final, la canción termina, los créditos pasan, ya no respira, la sangre se ha dispersado y los monstruos, han ganado.

HELADO EN EL TÚNEL

— No serás capaz — dijo Alfredo, ajustándose la corbata con nerviosismo.

— ¡Camarero! Una copa de helado de fresa con chocolate caliente por encima, por favor — pidió Bea, con una mirada juguetona.

— Esto es un *club*, — dijo él, escandalizado — un lugar para *martinis* y cigarrillos, no para helados de fresa.

— Te quedaste anclado en los cincuenta, querido. Tómate tu *martini* si quieres pero a mí, déjame disfrutar de mi postre. ¡Ah, ya empiezan a tocar!

Sonaron las primeras notas del saxo a través del humo azul aterciopelado. La gente en las mesas más cercanas calló para escuchar. Los demás siguieron conversando pero hasta ellos parecían más relajados. Tenían los ojos entornados y sus cuerpos se mecían ligeramente al ritmo del contrabajo. Alfredo frunció el ceño. El jazz no debería ser tan alegre, tan simple. Tan fácil de ignorar. Él hubiera deseado una pieza romántica cantada por una voz grave y rota para esa noche. Algo que creara atmósfera y realmente conmoviera a Bea. La observó lamer su cuchara con un placer infantil y despreocupado. Tenía una gota de helado en la punta de la nariz y algo de chocolate en la comisura de los labios. Se enfadó al ver que un par de chicos en la mesa de al lado miraban esa misma gota rosa con los ojos brillantes y la boca entreabierta.

“Tal vez sea mejor que la música no me dé la oportunidad” pensó disgustado mientras jugueteaba con el anillo de diamantes en su bolsillo.

DESENCUENTRO ARTÍSTICO

Aquel día fuimos, como casi siempre, con la intención de pintar al aire libre. En realidad, pocas veces acabábamos pintando. Casi siempre surgía algún motivo que se oponía a nuestro deseo inicial, pero ese día ocurrió algo inesperado.

Cuando llevábamos media hora de camino, después de abandonar las últimas casas de la población, vimos venir por una senda convergente a un extraño personaje que, lejos de aparentar normalidad, se movía con ciertos aspavientos de grandilocuencia mientras murmuraba entre dientes palabras incoherentes.

Nosotros, inconscientemente, nos pusimos en guardia ante la posible situación que se nos avecinaba y que podría llegar a ser incómoda. Pero este personaje, una vez que se apercibió de nuestra presencia, moderó el paso y cesó en su actitud, mientras nos miraba de reojo observándonos a su vez con desconfianza.

Nuestra trayectoria y la suya, irremisiblemente, tendían a juntarse por lo que, salvo un cambio repentino que nos dejaría en evidencia, confluiríamos en el mismo camino.

Así fue y tanto él como nosotros farfullamos unas palabras de saludo y continuamos unos pasos tratando de ver quien se adelantaba a quien. De pronto, con una voz clara, potente y bien entonada, al mismo tiempo que se encaraba con nosotros nos habló de esta manera:

— Confieso que me han dado un susto considerable al ir yo tan distraído y dado su aspecto un tanto harapiento, cargados como van con esos aperos, pensé por un momento que no eran gente de fiar por lo que, hasta que no les vi de cerca no cambié de parecer.

Riéndonos también le contamos nuestra impresión y nuestra sorpresa al ver que era un afamado actor de teatro.

Estuvimos toda la mañana juntos contándonos nuestras impresiones artísticas. Ese día tampoco pintamos, pero aprendimos mucho de otros aspectos del arte.

DESCOLORIDOS

El miedo eterno al atroz eco de una nube de tormenta, dibuja en mis facciones un foco de desagrado absoluto. Los relámpagos iluminando lo oscuro del cielo, son el óleo preciso de un pintor sin ideas perfeccionadas.

Mi camino desierto entre un sinfín de razones divulgadas por un simple hecho, el de existir, genera una extraña escena de pasión y melancolía. Sujeto a mi, ya casi vacía, botella de alcohol, tratando de olvidar cosas reprochables de mi vida, sin luz que me ilumine, sin oración que sea escuchada, pretendo volver el tiempo hacia unos años atrás. A ese preciso momento en que todo era, pero fue, una historia de fantasías salpicadas de emociones compartidas.

Sólo fueron un puñado de sensaciones olvidadas entre papeles de engaños y desconsuelo.

Una simple hoja puede cambiar mi destino. Un simple color puede transformar lo gris de mi triste soledad. Mi botella se acaba de forma casi instantánea, y en escombros de impaciencia, mueren mis labios masticando el sabor de una nueva derrota.

“¿Quién escuchará mis infinitas plegarias? ¿Quién se ocupará de un ser pobre de alma y rico de lamentos? ¿Quién se pondrá en mis zapatos cuando estalle mi razón en mil pedazos?”. Le pregunto a mi inconsciente a cada hora.

La botella de vidrio se desvanece en el suelo junto a mis pies descalzos. Mi alma se fisura en cada golpe de mi pecho. Un horrible final se acerca y no existe en mi mente un perdón que valga.

El desengaño de una pasión vacía fallece en las plegarias de mi noche, fría y con gusto a una nueva derrota. “¡Descolorido, pues, será todo aquel que viva, como yo he vivido!”

DESENCANTO EN LAS ALTURAS

Malas caras y peores palabras... estábamos a punto de traspasar esa línea invisible que separa la educación debida a cualquier persona con la falta de respeto y la grosería. Ninguno de los dos nos merecíamos este infierno. Hice el propósito de no pronunciar palabra, ¿para qué?

Cualquier argumento que esgrimiera en mi defensa sólo serviría para ponerlo más nervioso, que se cerrara en banda y agrandar así el abismo que en esos momentos nos separaba.

Cada vez eran más frecuentes nuestros desacuerdos. Cualquier tema era un buen pretexto para que cada uno nos pusiéramos en el lado opuesto. ¿Qué nos estaba pasando? Desde que emprendimos el viaje, la lluvia persistente seguía cayendo sobre el asfalto. Conducía él en silencio con el ceño fruncido y un rictus amargo en los labios.

Cerré los ojos un segundo. Cuando volví a abrirlos, estaba desorientada. Me encontraba en la cuneta, con una sensación de embriaguez y con el cuerpo dolorido.

No podía apartar los ojos de una enorme bola de fuego que ardía en la carretera. Comprendí que habíamos tenido un accidente y yo había salido despedida del coche... ¡Pero él seguía dentro!... Se olvidaron mis rencores...

De repente lo sentía más cerca que nunca. Quería que él estuviera conmigo, a mi lado.

Quise correr hacia la luz, traerlo a este lado para pedirle perdón y acabar todas las frases que dejamos a medias y regalarle las caricias y abrazos que desde hace meses nos habíamos negado.

No había vuelta atrás ni me sentía acreedora de tal fortuna

¿Porqué me salvé yo y él no? Hasta el cielo ensombrecido nos mostraba con su llanto que también en las alturas era grande el desencanto.

VIDA Y MUERTE

Luis se había levantado con la ilusión de un niño pequeño, con la esperanza de vivir cada segundo. Luis acababa de entender, por fin, la importancia de cada momento y decisión que transcurre durante el inexorable paso del tiempo, la belleza de la existencia y, sin lugar a duda, la belleza de la muerte.

Él había comprendido, de una vez por todas, que sin ella, la muerte, no existiría la vida, no sabría, ni de la manera más remota, que es ni cuál es su concepto. Había comprendido que sin antítesis nada existía, nada cobraba el más mínimo sentido. Luis había comprendido, gracias a ella, que la vida era una sucesión de momentos, de experiencias, de vida.

Mientras nadie podía parar de llorar, él brillaba con su tierna y dulce sonrisa, denotando felicidad y alegría. Había llegado su hora, sí, pero de la manera que él había querido y deseado, sin esperar a los sufrimientos de su inestimable e intolerante compañera. Y mientras todos sus seres queridos sufrían una tristeza inexpugnable, él pensaba, con total felicidad, el porqué de nuestro egoísmo ante la muerte, el porqué de nuestro temor ante la muerte. No podía entender por qué todo el mundo lloraba por él, no comprendía por qué, como en otras culturas, no expresaban felicidad por él, no se alegraban en vez de entristecerse.

Él, ahora, se encontraba tranquilo, se encontraba en paz y armonía. Por fin había podido gozar de la vida, por fin había podido llegar a ese momento por el cual todo lo que había experimentado y vivido había valido la pena, había tenido otorgado un cierto sentido. Él, ahora, por fin había vivido su vida y sus últimos días como había querido, con la ilusión de un niño pequeño.

REFLEXIÓN.ES

Mi reconocida fobia Ciberinformática me hace imposible entrar en la “Red” y cuando, gracias a un amigo he entrado, no he podido evitar sentirme “Enredado”, situación de la que huye la “juventud acumulada” en busca del aire en la mirada.

Pero gracias al magnífico Smartphone que me han regalado, esto ha cambiado, pues en su pequeña pantalla que puedo llevar en el bolsillo recibo más información de la que podría desear.

Así, he pasado sin querer a la llamada generación 24/7. Conectadas veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Cada mañana, sin apenas despertar, selecciono mis mensajes preferidos entre cientos de ellos.

Hoy he escuchado un bello concierto desde Viena a la vez que visitaba el Hermitage Museum, que es de los pocos que me quedan por visitar y al que muy posiblemente mi frágil salud no me permitirá viajar.

Tras una breve interrupción de la señal y por casualidad he podido entrar en una Galería de subastas de arte de New York y ¡mira por donde! entre la lista de pinturas para subastar en el día, figuraba una acuarela mía y no pude evitar saltar de alegría. Pero, sin querer, sentí una sensación de ingravidez, a la vez que recordaba que hacía pocos días había llevado algunas de mis mejores acuarelas a una galería de la calle Serrano para consultar si podrían tratar de subastarlas en New York, tal como anunciaban, pero el encargado ni se dignó mirarlas y muy serio, me dijo *“Hay dos posibilidades de subastar sus pinturas en New York, o es Vd. un pintor muy famoso y mundialmente reconocido o es Vd. un pintor fallecido”* .

... ..

POSEÍDA

Desnudando sus miedos, apartando sus prejuicios, daban paso a sus instintos. Sintiendo seguros, sabían que todo era posible. Él le dijo que le besaría y chuparía todo su sexo, humedeciéndolo con su lengua. Tomaba su tiempo para explorarlo lentamente, sus labios eran suaves, grandes, palpitaban, ella gimió, suplicaba ser poseída. Sus inquietas manos aferradas firmemente a sus caderas marcaron el ritmo, penetrándola toda. Un intenso escalofrío le recorrió la espalda, sólo escuchaba su respiración entrecortada, nunca estuvo tan conectada con alguien. Súbitamente, todo se apagó, silencio absoluto. Jadeando, se incorporó en su silla, se sacó la mano de entre las bragas, y medio perdida aún, volvió a ver el ordenador y molesta gritó:

— ¡Maldita sea, otra vez se cayó el wi-fi!

Noemí Irma Brown

MORDER LA OSCURIDAD

Quiere morder la oscuridad. Morderla, hasta que sangre, o desaparezca. Distinguir, en la noche ciega, si el sonido de las ramas salva, o mata. Si del cielo llega la liberación, o el final.

Araña todas las dimensiones del hueco negro, confunde el sudor propio con el orín ajeno.

La muerte puede caminar sobre las hojas secas. Alguien respira cerca, o ¿es el eco de su aliento, enfermo de terror?

En la noche muda, el miedo calla. La sangre, todavía fresca, duele menos que la oscuridad que marea. Ese olor a huesos rotos, ¿es del pasado, o viene a buscarlo? La amenaza es más fuerte que el dolor.

Los barrotes de la cama son celda. Todo es oscuro a su alrededor. Si la madre le dejara prender el velador... Entre sábanas frías, teme. Quiere morder la oscuridad hasta borrarla. Quiere soñar luz. Soñar ventanas. Cielo. Pero la soledad es negra.

Y ese ruido en el pasillo... ¿Quién viene? Allí no más, a su lado, puede haber un monstruo. Un nene malo. O un grande, que castiga. La noche hueca es una mancha sin piso y sin casa. Un tren sin maquinista, sin andenes.

Abrazado al oso de peluche, llora.

UN REGALO TRAIIDO DEL CIELO

Pocas veces surgen acontecimientos como este; en milésimas de segundo el ambiente se enmudece y queda a la espera. Pocas son las veces que la vida te sorprende de la forma más inesperada y en este caso llamando -literalmente- a la puerta de entrada:

—¿Quién anda ahí? —pregunta una voz cansada y aturdida por las altas horas de la madrugada.

—Señora, traigo un mensaje urgente de la capital —respondió el mensajero.

Algunos acontecimientos suceden con el único propósito de crear un punto de inflexión en cualquier historia... Y son estos los momentos más mágicos de todos:

—¡No entiendo a quién se le ocurriría mandar una carta a estas horas! —expresó la mujer enfadada.

—Señora, yo sólo cumplo con mi trabajo. Aquí tiene la carta y que tenga buena noche...

La carta contenía un folio completamente en blanco a excepción de un pequeño apartado: cinco números y tres letras. Cualquiera al ver aquello hubiera pensado que se trataba de una broma de mal gusto... pero a la mujer le cambió la cara. Sin pensarlo dos veces cogió la llave del ático y, tras horas y horas rebuscando, finalmente encontró aquello que tanto anduvo buscando: el baúl de su pasado.

En el juego de la vida hay que aprender a reír con las ironías... Porque aquella mujer por diversos infortunios olvidó la contraseña del baúl que guardaba las memorias de toda su vida.

Desde aquel día Antonia, a sus 70 años, volvió a encontrar un porqué. Y es que por mucho que nos empeñemos en ignorar este hecho, el futuro necesita del cimiento del pasado para que, junto al presente, pueda construir el maravilloso puente de la posibilidad y el cambio.

ESTALLIDO PUNTUAL

Afuera, las sirenas de las patrullas y las ambulancias lloraban, una tras otra, no daban abasto recogiendo cadáveres y cuerpos malheridos.

Aunque su departamento se ubicaba en el séptimo piso, a un par de calles del incidente, el escándalo se oía como si estuviera sucediendo en la sala de estar, en la cocina o la recámara.

Tardó tres horas en la ducha, varias veces jabonó su piel, su cabello, y cayó tanta agua que debió desalojar la tina de baño más de una ocasión.

“Te pones una botarga, estacionas el auto, y te marchas”, fue la orden de su comandante. El terrorista obedeció al pie de la letra, el vehículo estalló a tiempo, y ahora no podía lavar las culpas de su cuerpo.

LA CASA VACÍA

— ¿Qué hacemos aquí?

No sé cómo explicarles que ya no podemos volver. Agarrando sus deditos a mi mano derecha, insiste dando tirones por inercia, pero muda, sabiendo que es inútil seguir preguntando.

— Nunca la había visto desde fuera — apunta el pequeño, como si quisiera cambiar de tema.

— Sí la has visto, pero no te acuerdas.

— ¿Nos han echado por no pagar?

«¡Ya está bien de preguntas!». No puedo gritarles. A ellos no. Hace tanto tiempo que estamos en esta casa que nada parece tener sentido más allá de sus paredes. El pequeño mira la maleza, que puebla las juntas de las baldosas y se ha hecho dueña del jardín, como si fuera la primera vez. Como si no recordara su cuerpo chocando contra ese mismo pavimento, al caer desde la escalera. Inmediatamente, lo llevé dentro y lo acuné para acallar su griterío, sintiendo como se le escapaba la vida por esa brecha en cada latido. Fue entonces cuando decidí que nunca más volveríamos a salir. Ni nosotros ni su hermana. Él sigue tocándose la masa sanguinolenta que desde ese día decora su sien derecha. Le gusta sentir su textura pegajosa y blanda entre los dedos. Se ha convertido en un tic. Pero al menos, ya no le duele. A mí tampoco.

— Vamos a buscar otra casa más bonita incluso que esta, ya veréis.

El estallido de la bola de demolición tapó el sonido de mis palabras. Todo fue humo y escombros. Como atraído por las fauces del infierno, el pórtico de entrada se desmoronó.

Si tuviera lágrimas, lloraría. ¡Estábamos tan bien aquí! Ahora tendré que buscar otra casa vacía, deshabitada, para no molestar. No me apetece tener que mantenerme asustando a nadie, consumiendo el terror ajeno. Y menos aún, tener que enseñárselo a los niños.

Natalia Marín Navarro

PERDERME

Caminaba siendo empujada por el tiempo. Esperaba desvanecerme con el mínimo vaivén del viento. Respirar era el mejor modo de ahogarme, hacía tiempo que no lograba encontrarme. Querer olvidar se convirtió en la pesadilla de recordar. Vivía en una constante quimera creada en un intento desesperado por conocer la realidad. Me perdí en el último verso del más triste poema, y casi sin fuerzas, grité al silencio reclamando mi voz. La vida sabía a muerte, y de repente, la muerte era tan ilógica como real. Perdí cuanto tenía en un deseo por tenerlo todo, y sin darme cuenta, me había perdido a mí misma.

MIL OCHOCIENTOS PASOS

Faltaban ocho horas para lo que llevaba aguardando toda mi vida. No me considero una persona atrevida, pero las circunstancias de mi existencia y del lugar donde nací hicieron que me armara de valor y abandonara así mi identidad, quien yo era y quien me rodeaba en esa inhóspita tierra a la que ya no retornaría; pero mi entereza era sólo externa. En mi interior estaba aterrado, mi cabeza no paraba de dar vueltas y se llenaba de un mar de dudas y de preguntas sin respuestas. Esa noche la pasé insomne, paseando por aquellos lugares que amaba y odiaba al mismo tiempo. Me había dado y quitado. Me había visto reír y llorar. Ahora no tenía a nadie a quien poder estrechar entre mis brazos. Los que quedaban, o ya habían muerto, o se embarcarían en esta ineludible andanza conmigo. Hubiera dado lo que fuera por un abrazo que me transmitiera sosiego y alguien que me dijera que todo iba a salir bien. Mil ochocientos pasos entre el polvo de la arena que agitaban mis pies y un océano infinito como atajo hacia una nueva existencia. En medio del silencio, cuatrocientos corazones latiendo acompasados y una mano candorosa de un niño, que se posó junto a la mía, casi sin rozarla, simplemente expresando que no estaba solo, que mi historia era la historia de muchos, como la de él, como la de ellos. Esa misma mano me acompañó hasta llegar al otro lado. No sé qué fue de su suerte, no sé qué será de la mía.

F. Javi Martín Rodríguez

OTROS ANDENES

Merodeada por los rincones emblemáticos con la impaciencia contagiada de los andenes. Tras algunos pasos arqueaba las cejas, levantaba las punteras de los zapatos y vaciaba los carrillos en perdigonadas cantarinas.

Al principio le bastaba con el reconocimiento general de los turistas antes de colarse en el encuadre de sus objetivos fotográficos e imaginarse sobre lejanas estanterías, detrás de los felices retratados. Así viajaba a China, África, Australia o inmensidades semejantes. Después comenzó a perfeccionar la identificación de los lugares de procedencia de sus transportadores valiéndose de las pistas derivadas de sus atuendos, acentos y otras minuciosidades aprendidas; y a disfrutar marcándolos con chinchetas en un mapa, como si de sus propias travesías se tratase.

Pero también había días cualquiera, en los que volvía a casa sin viaje, sobre el mismo círculo invariable de calles numeradas.

Abraham Fidel Ortiz Lugo

SHAKESPEARE IN DEMO

No perezcas, gritó el jefe, observando al borde de la histeria a su subordinado mientras sacudía irritado aquel cuerpo, sujetándolo por las solapas de la chaqueta de uniforme. Entonces se convenció. Lo unánime en aquel semblante era una mueca irreversible, vacía. Enumeró para sí las desgracias constitucionales y políticas que lloverían con este inesperado suicidio. La lluvia persistía. La habitación se iluminó en un destello blanquecino, y unos instantes después, llegó el trueno que hizo retumbar su espalda como la de un asmático desesperado. Se inclinó, y probó largamente los labios de su albacea muerto, con un beso endemoniado, para libar él también unas gotas del extinguido veneno.

PERDER LA LLUVIA

La tarde está en ruinas. Convertida en insignificante ceniza, sucedáneo de una noche en llamas.

Fuera, el temporal genera caos, miedo, claustrofobia... Cientos de personas atropellándose en la calle, taxis ocupados por mujeres y hombres que dibujan su agonía sobre el cristal de la ventana, mientras esperan que el semáforo se torne verde. Miles de miradas que se cruzan con indiferencia, distantes, solitarias, no queriendo decir nada y, sin embargo, diciéndolo todo. Miles de personas que sin darse cuenta, tropiezan reflejando su tristeza en el aire; miles de personas que se aplastan por llegar, a ninguna parte, porque está lloviendo. Llueven sus sueños. Y no sólo caen sobre sus insensibles cabezas, sino que son ellos mismos quienes los pisotean.

El viento, furioso, sumido en su soledad, arrastra consigo los sueños, extasiados, ya sin fuerza para remar de vuelta. Se deslizan por el abrigo en el que estén posados, prescribiendo su existencia sobre el adoquinado suelo, o flotando descontroladamente en esta densa atmósfera, persuadidos por el huracán para acabar llegando allí donde ninguna persona pueda volver a alcanzarlos.

Pero fuera de este mundo ensueño, al otro lado de esta habitación sin paredes, las miradas siguen su inexistente curso, indiferentes aún. Los mismos cuerpos atropellándose, claustrofóbicos y agitados por el caos, movidos por la rutina que les adoctrina con su inercia. Las mismas personas, aunque esta vez con una diferencia: sin ambiciones, ni anhelos.

Su desinterés les ciega, y caminan sin saber que su futuro se esfumó con la tormenta, sin lamentaciones.

Que esa lluvia, más fría de lo normal, más húmeda y pesada, no sacó de ellos sino sus mayores deseos. Perdieron la emoción por todo, de súbito el motor de sus vidas se apagó sin posibilidad de encenderlo, y ahora no les queda más que ver sus sueños, desfallecidos, en el empedrado; ahogados y pisados por sus mismos creadores.

SIN PALABRAS

El tiempo se detuvo cuando ambos se contemplaron mutuamente. Por un breve instante, asomó el miedo en sus miradas y sin embargo, ninguno de los dos fue capaz de apartar la vista del otro, tal vez buscando un hipotético punto en común, aunque fuese microscópico.

La curiosidad fue abriéndose paso a empujones rasgando, con brusquedad, un velo de inmensa tristeza que abrigaba recelo y lágrimas, muchas lágrimas de dolor.

Dos géneros diferentes, hombre y animal, golpeados por similares traiciones y con idénticos sentimientos de abandono y soledad. Hombre o animal ¿qué importaba?

Durante un eterno minuto de gloria, dos corazones sombríos comenzaron a latir al mismo ritmo, como uno solo. ¡Era una combinación mágica, incluso perfecta!

No hubo necesidad de palabras porque éstas no hubiesen sido capaces de expresar lo que comunicaban sus profundos silencios.

Se cerró una verja. Un hombre y un perro abandonaron, juntos, la instalación municipal.

Martha Teresa Pérez de Kreutzer

MIENTRAS CAE LA NIEVE

Afuera cae la nieve. Ordené al chambelán y a mis doncellas que se retiraran. Todos obedecieron de mal grado. Creen que mi empecinamiento perjudica los intereses del reino, me ruegan que no piense más en él, pero ¿cómo olvidarlo?

Estamos solos. En la recámara el aire es gélido. Lo observo sonriendo. ¡Cuán apuesto es! Así lo dijo Luis, el Rey de Francia: «He aquí un hermoso príncipe». Y ahora estoy frente a él, como un peregrino sediento ante al agua fresca del manantial. Permanece inmóvil, muy pálido, los talones juntos, los ojos entrecerrados. Seré yo quien tome la iniciativa. ¿Acaso no soy la Reina? Lo abrazo. Estoy segura. Sé que no me rechazará.

¡Válgame Dios, qué frío hace! Por este maldito frío estoy temblando, pero también tiemblo de amor. Me acerco más. Aparto su espada y me aprieto contra él. Lo beso. No me canso de besarlo. Tiene los labios helados. Mi señor, estáis muy frío, susurro en su oído, mientras yo, ¿no lo veis?, ardo de amor, inflamada de una pasión desnuda de recato, un ímpetu privado de pudor que me consume, me saca de quicio, hasta que ¡Dios me perdone! sacudida en mil oleadas de placer, muero contigo.

Él guarda silencio. Avergonzada, acomodo mis vestidos y, como si fuese su humilde escudero, le subo las bragas, anudo las agujetas del jubón, le ciño las trabillas de las calzas, devuelvo la espada a su diestra.

¡Ah, Felipe, mi pasivo señor, cuánto gozo me habéis procurado! Sin embargo, de olfato, gracias al Señor, nunca he carecido. ¿Cómo no sentir el hedor? ¡Qué importa! Por pestilente que sea, no logrará separarnos. Vierto sobre tu cuerpo las más fuertes esencias. Ya no bastan. Interrogaré a los sabios de la corte. Ellos sabrán decirme cómo se quita el olor de los cadáveres.

SUBLIME DEPENDENCIA

Salta de una página a otra casi sin tiempo de respirar. Actualiza, observa, comenta y comparte. Teclea con unos dedos fugaces que parecen dejar estela a cada movimiento. Salta de nuevo, de una red a otra. Casi sin tiempo de pensar ni de meditar, pues le esperan en la siguiente. Suenan timbres que alertan y urgen a que preste de nuevo otro instante para dejar su huella. Gente de todas partes del mundo reclama una porción suya, nunca había costado tantísimo trabajo mantener las amistades pues nunca se habían podido alcanzar tantas. Como resultado ojeras y callos en los dedos, y una satisfactoria sensación que invoca un sentimiento de dependencia e importancia que nunca antes había sentido. Aún queda mucho por hacer y descubrir mañana. Aún quedan muchas oportunidades de dejar su huella una vez más.

Luizcarlos Reátegui del Águila

JUEGA CONMIGO

Ahora entiendo porque todos los domingos a las 6:30 de la mañana, suena un silbato dando inicio a un partido de futbito en la losa de la plazuela de enfrente de mi casa. Me tapo los oídos pero es inútil, nada puede detener el sonido febril de las arengas, de los vítores ensordecedores, de las zapatillas frenando en seco con el cemento. Me crispo, reniego dando vueltas en mi cama; no comprendo cómo es posible que un domingo alguien pueda levantarse tan temprano a fregar a los demás.

Me asomo por mi ventana para descubrir quiénes son los autores de tamaño atropello. Observo a un nutrido grupo de señores mayores de 60 años (la tercera edad le dicen), en sus cabezas, sus canas lucen como una corona de plata, quizás como premio al hecho de haber sabido sortear los avatares y dividendos de toda una vida. Todos sin excepción corren detrás del balón. Entiendo que ellos están ahí desde esa hora porque ya no saben de desvelos, de trasnochadas interminables los fines de semana. Ellos ya no tienen sábados para juerguear, no conocen de cigarrillos y el médico les ha prohibido el trago. Por una cuestión de salud, tienen que acostarse temprano, a las 8 de la noche como máximo. Ayer mientras yo me entregaba sin condiciones a una música y un baile frenético entre luces multicolores, humo y sudores, ellos dormían para levantarse temprano y jugar su partido de futbito. La vida te da y te quita, es generosa y egoísta, la vida les ha quitado sus sábados y sus años mozos de antaño. Los hijos que alguna vez tuvieron y criaron, han crecido y se han marchado. Ya no hay trabajo, ahora todos son jubilados. Algunos con suerte, todavía conservan a su esposa. Ahora entiendo que, ante todos esos arrebatos, la vida como consuelo les ha obsequiado una pelota, y ahora están dribleando a sus ayes y dolores, dribleando a sus achaques. Ya no reniego. Cierro mi ventana y entiendo que algún día en mi casa sólo quedará mi esposa y una pelota y, estaré en esa misma losa, a la misma hora...

REENCUENTRO

Conducía despacio, la inesperada noticia me golpeaba las sienes que me latían con fuerza. Tanto tiempo sin hablarnos y sin vernos, tantas conversaciones no dichas... Ahora ya era tarde, su muerte me llegó como mordedura del pasado incompleto, ese que algún día vas a componer y que finalmente nunca cumples.

En la habitación yacía su frágil cuerpo. El rostro quieto e impenetrable no dejaba dudas sobre su profundo sueño. Me acerqué como para besarla y fue entonces cuando vi que una pequeña lágrima asomaba de su ojo derecho, entonces, sólo hice lo único que se podía imaginar en ese preciso instante: cerrar los ojos y nadar en ella.

Nadé despacio, todo era silencio hueco. Dentro de su ojo, el azul de su mirada permanecía mas profundo que nunca. Me gustaba sentirla tan cerca. Seguí mi camino, tenía que averiguar el porqué de su indiferencia, saber si todo lo que me dijeron sobre ella era verdad.

Cuando llegué al cerebro, los caminos cruzados y las circunvalaciones eran metáforas de lo querido y no escuchado. Recordé de golpe aquel terrible día. Su disparo certero al corazón del maltratador, su caída de muerto a cámara lenta... Sentí un látigo que removió mi espíritu.

En ese instante la quise más que nunca. Solté la neurona -conexión y axioma de otra vida- tenía que volver a desandar el camino, regresar a la lágrima incipiente y fría, dejar de nadar ente los recuerdos.

Quedará de mi buceo una última memoria: su pelo mecido por la suave brisa, el sol iluminándolo con fuerza -brillo blanco y dorado- El coche de policía gritando su feroz canción y esa su última mirada como triste despedida.

Antes de salir de la habitación, sequé su lágrima -que ya era mía- y entonces fue cuando la pude besar.

Carmela Rodríguez y Rodríguez

SOMBRA

Las sombras envolvían la estancia apenas iluminada por la llama de una vela que lentamente se consumía a la vez que la esperanza de salir con vida de aquél túnel se desvanecía, llevaba 6 días atrapado sin luz con apenas un poco de agua y comida, sentía que se me escapaba la vida.

El pánico inicial se iba convirtiendo lentamente en un dulce sopor, la vela se apagó, mi cuerpo no respondía, todo era silencio.

Sentía como si flotara y pensé ¿estaré muerto? De repente oí una voz lejana que pronunciaba mi nombre y un fugaz resplandor, cada vez más cerca, en mi delirio creí oír tu voz me incorporé con esfuerzo y tiré una piedra que retumbó fuertemente como un eco sinfín y después nada.

Lo primero que vi al despertar fue tu sonrisa y comprendí que la fuerza de tu amor me había devuelto a la vida.

JUGUETEO

Los ojos del niño -vestido con un pijama color cielo y gruesas medias de lana- dejaron de mirar guiños de las estrellas a través de la ventana escarchada y se deslizaron por los tejados vecinos hasta detenerse en la vieja casona. La habitación estaba fría, el castañeteo de los diminutos dientes lo confirmaba pero, la mirada seguía fija en la vetusta vivienda. Las pródigas mentes infantiles transforman siempre las ruinas en misterios y, esa casa, era adecuada para el propósito. Los pequeños dedos tomaron el extremo de la manga y con ella borró el vaho que su aliento había pintado en el vidrio, éste quedó tan transparente que no parecía existir, entonces... el duende azul vagó por las cornisas de los techos herrumbrados y verdosos de aquella Holanda invernal. La casona misteriosa lo invitaba a olfatear el calor del hogar a leña. Con precaución estiró una de sus manos y la acercó a la boca de la chimenea, una sonrisa lo iluminó. No había peligro. Acercó la otra mano y la frotó contra la primera para transmitirle calor, su cara sonriente se puso escarlata de satisfacción. Sin dudar, el rostro siguió el camino de las manos pero el humo hizo estragos, los pulmones repudiaron la intromisión y una tosecita repetida varias veces los liberó del negro intruso. Las manos calientes no eran suficiente solución para el cuerpo aterido, intentó brincos y carreras sobre el tejado pero, cada vez que se detenía, el frío entraba tiritando bajo su gruesa ropa. Por fin, vencido, dio un gran salto hasta la ventana, la abrió y después de entrar cerró de inmediato dejando afuera al viento helado que no lo pudo alcanzar y rogando que el frío no se transformara en estornudos que no podría explicar a sus padres. Ellos no lo entenderían.

Gonzalo Tomás Salesky Lascano

EPITAFIO

Cuando supo que se acercaba la hora, se decidió a escribir su epitafio. Para ser recordado en el lugar donde vivió siempre, para plasmar algún pensamiento agradable o simplemente para despedirse. Quería dejar algo. Lo necesitaba. Como una especie de consuelo ante su inminente partida.

No sabía qué le esperaba allí, del otro lado. Por más leyendas o historias que supiera, lo aterraba el hecho de comenzar su último viaje sin saber el destino.

Al fin tuvo la frase exacta entre sus labios y sólo en ese momento sintió que podía partir. Tranquilo, ligero de equipaje y sin cuentas pendientes. Cerró los ojos, y luego de esos nueve meses que le parecieron eternos, nació.

CONTRASTES

Frente al palacio, el teatro. A unos pasos, la catedral, los jardines y el templo y, a escasos metros, la arquitectónica, vieja y abandonada estación, esa isla asolada por una marea de naufragos, donde los gatos, al anochecer, mían sin cesar.

Nadia es una de esas naufragas que hoy deambula por ese paisaje de contrastes. Su aspecto es estremecedor. De su cabeza crece una maraña de pelos rebeldes, sin brillo. Su piel seca y opaca huele a una inmortal embriaguez y, en su cuerpo consumido nace, bajo sus pechos, una enorme barriga. A Nadia poco le importa que las columnas del viejo edificio soporten el paso del tiempo, a ella le basta con saber que su esqueleto podrá soportar su figura tambaleante una noche más.

Cuando pasan a su lado, extiende su brazo amoratado con la esperanza de que una moneda caiga sobre la palma de su mano, mientras con la otra, sin decoro, se lleva a la boca un generoso trago de vino.

Han transcurrido las horas, es una noche cerrada, las calles están desoladas, Nadia comienza a retorcerse, el sudor humedece su cuerpo. Al fin, se desprende de ese frágil e indeseado vínculo al que permanecía unida. Se concede una tregua. Tras esta, abandona el lugar. Sólo el maullar de los felinos consigue silenciar el llanto inconsolable del recién nacido en la oscura orilla de esa ruinosa ínsula.

José Luis Sánchez Pascual

DENTRO FUERA

Parto de cero. Sin dolor. Sin espera. Trazo grueso directo. Rojo cálido en el centro de la tela. Corazón abierto en sólo dos movimientos. Descanso de aguarrás, mezcla de aguas turbias. Batuta distinta. Trazo fino ascendente. Azul índigo de lluvia, de abajo a arriba, manando con fuerza, salpicando por los bordes de nuestra realidad. Bóveda solar que pide amarillo pero sin tornar en verde. Pronto aún para ese amanecer. Madera a los labios, pelo de caballo al aire marcando destellos de aceitunas, teñidos raudos con el verde profundo de un campo lejano, aún en ciernes, pero firme ya en la imaginación del cuadro terminado. Golpes rápidos, abiertos desde el alma, formados antes de que la inspiración desaparezca. Nuevo cambio de brote, vuelta al pincel que besaba como fuente de agua que precede al sueño. Perlas de sudor emulan el reflejo de la espuma por crecer y me alejo de lo blanco, y miro en el infinito de mis ojos entornados, y ya lo veo. Ahora sólo queda terminarlo, mas allá del horizonte de la importancia, en los límites que marcan los óleos que me tientan. Estoy tranquilo. Ya está pintado desde hace tiempo. El resto es sólo técnica.

HOMERO

La chica lee extasiada en tanto que yo observo, absorbo, el paisaje siempre cambiante que, a modo de calidoscopio, se sucede sin solución de continuidad. ¿Cómo puede permanecer indiferente -me pregunto- ante la avalancha de colores: verdes, azules, ocre..., el arco iris, en fin? Irá a su trabajo -pienso- o quizá le espera su novio y entonces sí, antes es Dios que todos los santos. Y sigo preguntándome por qué no levanta la mirada, siquiera sea un instante, para contemplar la maravilla que la naturaleza nos ofrece cada día. Quiero disculparla aventurando que quizá tiene en casa una enorme biblioteca y pretende leer lo más posible hasta dar por concluido su afición: dar por terminada la lectura del último libro de la biblioteca. Por un momento tengo la tentación de interrumpirla y recomendarle -rogarle encarecidamente incluso- que mire, aunque sea brevemente, el gratuito espectáculo. El tren va refrenando poco a poco la marcha hasta detenerse junto al andén. Hemos llegado al destino, y entonces sí, la chica cierra el libro y yo alcanzo a leer “La Odisea”, del gran Homero. Y con todo, me digo: Conviene ser sublime aunque sólo sea por un instante. Y al fin pienso: ¡Qué confundida está pero qué razón tiene!

Janire Serrano Lozano

MI ALDEA

Aún restan calles empedradas, y fachadas carcomidas por el paso del tiempo, que muestran los escudos de sus nobles casas; ensalzando con orgullo nombres y rangos que hoy ya no tienen traducción. Todavía se aprecia el puente romano de tan sólida construcción, que ni la furia mortal aún ha vencido la batalla contra su estructura, y por el que se transita sin prestarle atención... Aún se erigen cuevas milenarias en la roca excavadas, en las que el vino duerme en sus camas de madera, esperando ser despertado y deleitar con su sabor... Y aún se escuchan nombres de héroes olvidados, de ajetreados días y de jornadas de sol a sol... Aún se percibe el sonido de batallas, del tañer del campanario, del fluir de un riachuelo que hace tiempo se secó... Todavía hay expresiones peculiares, que sólo comprende el que allí nació o creció... Y aún emana un cálido susurro, de tu tierra que te llama, que te arrastra con ardor...

REEMPLAZO

No era algo que hubiese sucedido de la noche a la mañana, no. Tampoco me percaté inmediatamente de ello; fue más bien una sensación que se fue apoderando de mí de forma paulatina, hasta que hube de asumir que la voz que desde pequeño me hablaba desde algún remoto lugar situado en el interior de mi mente, me había abandonado.

Al principio me lo tomé con paciencia, contando con que regresase del mismo modo que se había marchado, sin avisar. Pronto hube de asumir que jamás retornaría al lugar donde había venido maltratándola durante largos años. No, la voz de mi conciencia sencillamente me había dejado por imposible.

Fueron años de búsqueda para llenar su vacío, esforzándome por contrarrestar el sonido a bóveda proveniente de mi cabeza. Entonces llegó ella. Al principio no fue más que una acompañante ocasional que viajaba junto a mí en mis desplazamientos en coche, pero poco a poco se me hizo imprescindible, pues supo encajar en el hueco que, ahora sí, entiendo que el destino había reservado para ella.

La busqué en mis noches de soledad, como faro en el medio de la multitud, como guía en mis momentos de duda, y como amiga que alejaría por siempre de mí las largas horas de contemplación de mi reflejo en la barra de un bar. Tan sólo me hablaba a mí, a mí nada más. El resto del mundo no existía, ¡simplemente desaparecía! Ella y yo nos convertimos en un mismo organismo que...

Les pido disculpas, pero comienza la emisión. Les prometo que continuaré donde lo he dejado tan pronto como ella guarde silencio.

EL COLIBRÍ

Mario caminaba absorto en sus pensamientos, cuando un continuo chirrido le distrajo y llamó su atención. Allí estaba, entre unos matorrales plagados de flores rojas a los pies de un frondoso árbol, asustado y con su largo y curvado pico entreabierto. Con sigilo se acercó y lentamente, con sus manos, apartó las ramas cubiertas de flor y lo asió. Sus ojos se abrieron como platos fascinados por aquel colorido verde y turquesa que cubría sus plumas, mostrando un abanico de luz y color. ¡Era un colibrí! Mario se olvidó de dónde estaba y quedó envuelto en un éxtasis de placidez ante aquella pequeña ave. Su cuerpo diminuto dejó entrever una mancha rojiza. Mario, lo observó. Tenía el ala derecha arañada, quizá por tratar de liberarse de las ramas que le cubrían. Posiblemente se encontraba durmiendo boca abajo en el árbol cuando cayó. Lo acercó a su pecho para calmarle y le dio calor.

Por momentos, olvidó los pensamientos que le invadían desde hacía días, por la pérdida de su madre, y que su corazón estaba inmerso en el dolor. Con paso firme se dirigió a su casa para curarlo y ayudarlo a sobrevivir. Fue en ese instante, cuando su pensamiento cambió de color y se tornó de negro en bicolor. Una sonrisa, su boca esbozó. Ahora no estaban solos y se necesitaban los dos. Dos mundos, dos vidas, dos heridas abiertas por el dolor y dos corazones dispuestos a brindarse amor.

Un diminuto pájaro le había mostrado, que la vida es un arco iris de ilusión, de esperanza y de fe en ella misma y en el amor.

LA CAMPANAS SIGUEN DOBLANDO

El sonido chillón de un pájaro a través de la ventana abierta lo hizo despertar abruptamente; levantó la cabeza observando la marca roja que había dejado en el antebrazo que apoyaba sobre la mesa. Miró a su alrededor, la habitación era otra, el Hotel Florida de la Plaza del Callao había quedado atrás junto con el sonido de las sirenas que anunciaban un nuevo ataque de los sublevados.

Ahora, estaba en Cuba y todo era diferente, todo había quedado atrás excepto los recuerdos.

Leyó la última frase escrita en la hoja sobre la mesa: *Juntos, examinaron al animal. Desde luego, lo reconocieron. Tanto él como el jinete faltaban desde el día anterior.*

Notó su garganta seca y la espalda mojada y le vino a la mente el mojito que preparaban en La Bodeguita y el daiquiri que hacían en El Floridita. Después de tantos meses, la novela podría esperar un poco más. Salió de la habitación aún sin decidirse.

María Edith Velázquez Hernández

DECLARACIÓN

Pero sobre todo por las madrugadas, cuando el humor no cede ni al más superlativo esfuerzo, le daba a la Pulga por meditar: Pienso mis narraciones, bajo esta flácida luz miro el cenicero sin mirarlo e imagino que soy, o que cuando muera los demás dirán que fui, como Lovecraft, ¡pero sin volverme loco!, como Bourroughs, ¡pero sin asesinar a mi esposa!, como Quiroga, ¡pero sin poner en Federico Ferrando su propia bala adventicia!, o como Poe... Como Poe, consentidas la melancolía y la hipocondría, consentida la desgracia y la enfermedad, ¿qué dolencia más sublime que llegar a ser como Edgar Allan Poe?

HIPERREALISMO

La luz de la mañana manchaba la ciudad con una tinta espesa. No quedaban óleos. Ni colores. Ni telas. El pintor contempló el paisaje del futuro desde la montaña de la soledad. El dinero se había agotado tantos meses antes. Su mujer y su hijo aguardaban por el pan de todas las mañanas. Desamparo. El arte esperaba por el ofrecimiento de la obra.

El pintor se sentó en el estudio vacío y cerró los ojos. Luego, convirtió en lienzos las últimas sábanas que quedaban en la casa. Se abrió la palma de la mano con un cuchillo. Su sangre coloreó la tela, dio vida a las figuras, provocó la profundidad y el espasmo de la vida.

Cuando alzó los ojos, la obra estaba terminada.

—Saldré a venderla — le dijo a su mujer, que llevaba al niño entre los brazos y la huella del hambre sobre el rostro.

Por un segundo, el pintor se atrevió a contemplar su trabajo. Aquel cuadro insuperable reproducía a la perfección la existencia, en todas sus formas y colores. Después besó a su mujer en la frente. Besó a su hijo en la mejilla. Ambos estaban cubiertos por una capa roja, demasiado pegajosa para ser pintura. El artista contuvo una punzada de presentimiento. Cargó el lienzo y salió a la calle. Su cuerpo dejó atrás un rastro: pisadas de sangre que se grababan en la acera, hermosas en su concepción de asunto eterno.

ÍNDICE

RELATO GANADOR	11
María Martín Hiniesto, CONDENADO	11
RELATOS FINALISTAS CON MENCIÓN HONORÍFICA	12
Victoria Borrell Velasco, EL SONIDO DEL AGUA	12
José Ignacio del Diego Lajusticia, LA NOVIA	13
Fernando García Maroto, CRONOS	14
Fernando Marín Gallardo, EL PASTOR DE VIENTOS	15
Raúl Mateos Barrena, CRIATURAS	16
Rafael Osóres Salinas, EL RITUAL	17
María Pilar Royo Martín, ZAPATOS	18
Oscar Royo Royo, MÁTALO	19
Yolanda Sánchez Flores, LOS AMANTES DE LA MEDIANOCHE	20
Gerardo Vázquez Cepeda, SINFOROSA	21

RELATOS FINALISTAS	23
Yunuen Andrea Alejandri Ramírez, TE SOÑÉ	25
Alberto Alonso Poncela, DESIGNIOS DEL ALMA	26
José Álvarez, ÉXODO	27
Mireia Álvarez Bosch, ESTAMPA DE PLAYA	28
Miguel Amilachwari B., MORSE FANTASMAL	29
Silvia Asensio García, TARDE DE FIESTA	31
Francisco Juan Barata Bausach, UN VIAJE DISTINTO	32
Augusto Blanco Alfonso, LIBERACIÓN	33
Rafael Blasco López, BACU	34
Paula Buedo Torrejón, RECUERDOS PROHIBIDOS	35
Pilar Campanario Mayor, ALAS	36
Yady Sorleth Campo Ramírez, ESPERANDO	37
Olga Casado, EL AIRE DE LA PECERA	38
Fermín Castro González, CHICOTOPO	39
Jorge Chambó Bris, AZÚCAR	40
Roberto Chaos Celeiro, EL LADRÓN	41
Javier Chavero Carrasco, QUIZÁS MAÑANA	42
José María Codes Calatrava, HUYE	43
Susana Corroto Villacañas, MI MEJOR DÍA	44
María del Mar Cuadra Arance, MEZCLA PERFECTA	45
Ángel de Dios Rubio, ELLA	46
Emilio de Palacio Llerena, ¡SÍ, SEÑOR!	47
María Teresa de Toro Tintoré, UNA EXPERIENCIA	49
Cristina de Zordo Toral, SUTURAS	50
Luis del Moral Martínez, SIEMPRE A FONDO	51
Esther Domínguez Soto, LA GENIO	52
María I. Escribano Albendea, UTOPIÍA	53
Inés Fernández Orellana, MUROS	54
Tomás Ferrando Agulló, VUELTA A LA IRREALIDAD	55
Juan Folguera Martín, COSAS DE BRUJAS	56

Reynaldo Gálvez Rodríguez, LA OTRA HISTORIA DE CENICIENTA	57
Zully García, DICEN QUE FUE EN UNA SEMANA	58
Inmaculada García González, EL ROSTRO	59
Miguel Garrote García, HUELLAS DE UNA BATALLA	60
Miguel Ángel Gascon Rocha, MI PADRE	61
Miguel Ángel Gayo Sánchez, EL COLOR DE LA PORCELANA	62
Sara González, SANGRE EN LAS MEJILLAS	63
Raquel González Osende, HELADO EN EL TÚNEL	64
Luis Ignacio González Torres, DESENCUENTRO ARTISTICO	65
Lucas Nicolás Hardt, DESCOLORIDOS	67
Pilar Hernán Arenzana, DESENCANTO EN LAS ALTURAS	68
Marc Horneros Prunés, VIDA Y MUERTE	69
Ezequiel Hoya López, REFLEXIÓN.ES	70
Agnes Imbert Bisonó, POSEÍDA	71
Noemí Irma Brown, MORDER LA OSCURIDAD	72
Sara Juárez Batista, UN REGALO TRAI DO DEL CIELO	73
José Landa, ESTALLIDO PUNTUAL	74
Almudena López Molina, LA CASA VACÍA	75
Natalia Marín Navarro, PERDERME	76
Nuria Martín Gutiérrez, MIL OCHOCIENTOS PASOS	77
F. Javi Martín Rodríguez, OTROS ANDENES	78
Abraham Fidel Ortiz Lugo, SHAKESPEARE IN DEMO	79
Clare Painter Fernández, PERDER LA LLUVIA	80
Nuria Perarnau Andrés, SIN PALABRAS	81
Martha Teresa Pérez de Kreutzer, MIENTRAS CAE LA NIEVE	82
Boris Ramírez Barba, SUBLIME DEPENDENCIA	83
Luizcarlos Reátegui del Águila, JUEGA CONMIGO	84
Maravillas Recio Meroño, REENCUENTRO	85
Carmela Rodríguez y Rodríguez, SOMBRAS	86
Víctor Salas Dapino, JUGUETEO	87
Gonzalo Tomás Salesky Lascano, EPITAFIO	88

María Elena Sánchez Álvarez, <i>CONTRASTES</i>	89
José Luis Sánchez Pascual, <i>DENTRO FUERA</i>	90
Jesús Sanz Perrón, <i>HOMERO</i>	91
Janire Serrano Lozano, <i>MI ALDEA</i>	92
Juan José Tapia Urbano, <i>REEMPLAZO</i>	93
Ángeles Vaquero Pascual, <i>EL COLIBRÍ</i>	84
Juan Vega Romero, <i>LA CAMPANAS SIGUEN DOBLANDO</i>	95
María Edith Velázquez Hernández, <i>DECLARACIÓN</i>	96
Elaine Vilar Madruga, <i>HIPERREALISMO</i>	97

Este libro se terminó de imprimir
en Madrid, España, el mes de
julio de 2015



